

NORMA HUIDOBRO

El pan de la serpiente

Lazos de amistad durante la inmigración



NARRATIVA HISTÓRICA

GRUPO
EDITORIAL
norma

El pan de la serpiente

Norma Huidobro

GRUPO
EDITORIAL
norma

© Norma Huidobro, 2009

© Grupo Editorial Norma, 2010

San José 831, Ciudad de Buenos Aires, Argentina

Reservados todos los derechos.

Impreso en la Argentina ~ *Printed in Argentina*

Primera edición: abril de 2010

Dirección de colección: Matías Maggio Ramírez

Edición: Natalia Méndez y Cecilia Espósito

Diseño de tapa: Ariana Jenik y Verónica Grandjean

CC: 28001981

ISBN: 978-987-545-241-1

*A la memoria de Felisa Santa María
y de Juana Echarri, mis abuelas.*

Estamos, como nación, empeñados en una contienda de razas en que el indígena lleva sobre sí el tremendo anatema de su desaparición, escrito en nombre de la civilización. Destruyamos, pues, moralmente esa raza, aniquilemos sus resortes y organización política, desaparezca su orden de tribus y si es necesario divídase la familia. Esta raza, quebrada y dispersa, acabará por abrazar la causa de la civilización.

Julio Argentino Roca (1843-1914)

Llegan los indios prisioneros con sus familias a los cuales los trajeron caminando en su mayor parte o en carros, la desesperación, el llanto no cesa, se les quita a las madres sus hijos para en su presencia regalarlos a pesar de los gritos, los alaridos y las súplicas que con los brazos al cielo dirigen las mujeres indias. En aquel marco humano los hombres indios se tapan la cara, otros miran resignadamente al suelo, la madre aprieta contra el seno al hijo de sus entrañas, el padre indio se cruza por delante para defender a su familia de los avances de la civilización.

La Nación, 21 de enero de 1879

¿Dónde, dónde están los criados viejos y fieles que entreví en los primeros años en la casa de mis padres? ¿Dónde aquellos esclavos emancipados que nos trataban como a pequeños príncipes, dónde sus hijos, nacidos hombres libres, criados a nuestro lado, llevando nuestro nombre de familia, compañeros de juego en la infancia, viendo la vida recta por delante, sin más preocupación que servir bien y fielmente? (...) Hoy nos sirve un sirviente europeo que nos roba, que se

viste mejor que nosotros y que recuerda su calidad de hombre libre apenas se lo mira con rigor.

Miguel Cané, “En la tierra” (1884), en *Prosa ligera*

1. Vamos, Felisa

—Arriba, niña, que ya ha amanecido. Es hora de llevar la leña, y la mula ya está lista. ¡Que se hace tarde! ¡Arriba he dicho, demonio!

Felisa dio media vuelta en la cama y se tapó la cabeza con la gruesa manta de lana que le había tejido su abuela, pero la voz ronca de su madrastra seguía martillándole la cabeza.

—¡Levántate, Felisa! Las niñas holgazanas como tú no merecen el plato que se les sirve a la mesa.

Quiso gritar, pero ningún sonido salió de su boca. Nada, ni un rezongo. Su madrastra seguía junto a la cama, el brazo en alto pronto al golpe que le dejaría la espalda dolorida todo el día, pero ella no podía gritar, tampoco podía moverse. ¿Qué le pasaba? Sabía que debía levantarse rápido, vestirse a los apurones, bajar a la cocina, tomar un trozo de pan de la mesa y meterlo en el bolsillo de su delantal, luego ir a buscar a la mula y llevar la carga de leña... Pero no podía. Ahí seguía, quieta en su cama, tapada hasta la cabeza con la manta de lana.

—¡Que te muevas, demonio! ¿Te crees princesa, acaso? Ya verás lo que es bueno...

Ahora sí, pensó Felisa, apretando los dientes con furia. Ahora viene el golpe. Y viendo sin ver, vio el brazo en alto de su madrastra, la mano cerrada formando el puño —duro como el pedernal— los ojos entrecerrados, la nariz afilada, la boca estirada semejando una sonrisa, los dientes parejos y finos

mordiéndose unos a otros, y sintió sus huesos crujir antes aun de recibir el golpe, y quiso gritar, otra vez, como antes, y tuvo miedo de que no le saliera la voz, como antes. Vamos, Felisa, pensó, levántate. Vamos, Felisa, grita, no te quedes muda esperando el golpe.

—¡No, no, no! ¡No me golpee...! —gritó, al fin, tapándose la cara con los brazos, mientras se incorporaba de un salto en la cama.

—¡Eh, gallega! ¿Qué te pasa? —le llegó la voz de Juana como una bendición desde la cama de al lado.

—Nn... na... nada.

—¿Nada? Para mí que tuviste otra pesadilla...

Juana se desperezó estirando los brazos fuera de las mantas y volvió a enroscarse de cara a la pared.

—Todavía es temprano —dijo—. Volvé a dormirte, gallega.

Felisa se recostó nuevamente y estiró la manta de lana hasta cubrirse la nariz. Sabía que no volvería a dormir, no se lo permitiría. No podía correr el riesgo de soñar con aquella noche negra de su vida y oír de nuevo la voz extraña de su madrastra, anda, niña, que don Gaspar te espera, lleva la mula, así cargas la harina, ve criatura, ve... Esa voz... La misma, pero diferente. No era esa la voz de la mujer que la golpeaba para sacarla de la cama cada amanecer. Y sin embargo, sí, era. Era la voz de su madrastra la que preludiaba los sueños de la noche negra. Y ella no quería soñar con eso, no quería oír esa voz. Mejor quedarse despierta... Si se dormía, el sueño se la traería como una ofrenda. Y también le traería la noche, la única noche, la de su tormento. La noche de la caída, la de su pierna arrastrándose entre las piedras, la de la iglesia vacía invitándola a través del portal entreabierto, la de la sombra del cementerio acechando al amparo de sus lápidas y sus cruces de madera... Y la voz de su madrastra le traería también otra voz, húmeda, pastosa, blanda... La blanda voz de don Gaspar que la llamaba a su lado, tan real, tan real como si todo estuviera sucediendo otra vez, ahí mismo, al abrigo del nuevo hogar, en la nueva tierra. No, no se permitiría volver a dormir, no correría el riesgo. Vamos,

Felisa, estás despierta, no te duermas. Dentro de poco amanecerá y el nuevo día será grato.

La manta de lana le hacía cosquillas en la nariz, y su penetrante olor, rústico y tibio, le traía recuerdos de otros olores que Felisa atesoraba: el del humo en la cocina de su casa natal, que llegaba aparejado al recuerdo de su abuela, sentada frente al fuego mientras tejía la manta de lana gris y marrón, único equipaje, junto a dos mudas de ropa, que había traído de su pueblo; el perfume intenso del romero en los tiestos de su ventana y el de las mimosas en primavera, dulce, cálido, como de algodón. Y el olor a naranjas quemadas del atardecer, cuando el sol dejaba sobre el horizonte una mancha de vino que se iba diluyendo en la noche. Como recuerdos amables del pasado, Felisa consideraba que con estos tenía de sobra, entonces los dejaba en ese punto: el de los olores placenteros del hogar y la imagen de su abuela. Y a continuación venían los recuerdos recientes, que repasaba en su memoria uno a uno, siempre mejorándolos y aumentándolos, como si pintara un cuadro —un único cuadro, antes del amanecer— al que enriquecía con nuevos detalles cada vez.

Los recuerdos nuevos comenzaban en el momento en que, junto a Joaquín, había desembarcado en el puerto de Buenos Aires. Ella y Joaquín, tomados de la mano, descendiendo por la planchada del barco. Esa era la imagen básica, las demás crecían a su alrededor, se multiplicaban en cientos de otras imágenes nunca quietas, porque todo se movía en ese cuadro, todo olía, sonaba, murmuraba, gritaba, danzaba, daba saltos, destellaba bajo el sol de aquella mañana del mes de noviembre. La mañana del desembarco.

Una marea de voces bajó con ella y se le quedó encima. Voces extrañas que volvió a escuchar en las calles, que oyó por primera vez en el barco, que jamás había oído en su pueblo, palabras duras, suaves, con música, llanas, agudas, tristes, dulces, palabras ligeras que el aire lleva de un lado a otro y deposita en sus oídos, y ahí las deja, sonando todas juntas, mezclándose con otros sonidos también nuevos, como el cloc, cloc de los cascos de los caballos sobre los adoquines,

la música del organillero, el pregón de los vendedores de periódicos y el silbato del vigilante en sus rondas nocturnas.

Los sonidos estaban en su cuadro, también.

Y los olores.

Hacía calor esa mañana de noviembre. El olor a pasto amargo del estiércol le llegó en una primera oleada al poner los pies en suelo firme; fue la bienvenida de la tierra, la contracara del olor a sal en la cubierta del barco. Eran tantos los carros que aguardaban para llevar a los pasajeros y sus bultos, que había que caminar con cuidado para no pisar la bosta de los caballos. Pero eso no tenía importancia. Habían llegado a destino. El olor del estiércol era una bendición, y además había aire, aire de sobra para respirar a bocanadas, aire claro y soleado, en el que los olores fuertes perdían su vigor, al revés de lo que sucedía en el barco, donde se concentraban hasta la náusea, como la fetidez de los orines en los camarotes de tercera clase. Hasta la transpiración olía diferente en tierra firme.

Es que el aire sabía a sol.

Y el aire soleado se esparcía por el cuadro de Felisa en pinceladas generosas, de una punta a la otra, de arriba abajo.

Despierta, pero con los ojos cerrados; así pintaba su cuadro Felisa minutos antes del amanecer. Y cuando la luz de la mañana entraba, tímida, por la alta claraboya de la puerta, se despedía de su cuadro hasta el día siguiente, abría los ojos y empezaba a reconocer las formas, los espacios, las sombras del nuevo lugar, tan lejano, tan distinto del otro. Y era un gusto bajar de la cama y apoyar los pies descalzos en esos ladrillos ásperos y templados, vestirse, salir al patio y de un solo respiro llenar los pulmones con el aire fresco de la mañana. Vamos, Felisa, es hora de comenzar el día.

2. En la cocina

—¿Hasta cuándo has de lustrar esos cubiertos, Juana?

—Hasta que brillen como el sol. Mañana llega el niño Miguel de la estancia y la señora quiere que todo esté reluciente. Además, no viene solo. Trae visitas, pues.

—¿Es buen mozo el señorito?

—Qué pregunta. Y yo qué sé...

—Cómo que no sabes. Que me pregunten a mí si es buen mozo mi Joaquín, que me lo sé mejor que el padrenuestro.

—Cómo no ibas a saber, si es tu prometido. El niño Miguel es el hijo de la patrona y yo no tengo nada que ver con él. Y no me preguntes más, ya lo vas a ver mañana.

—Está bien, mujer, no pregunto. Solo quería conversar un poco mientras hago hervir la leche, que ya sabes que no me gusta trabajar en silencio. Cuéntame algo de ti, vamos, si ni siquiera sé cuántos años tienes.

—Dieciséis.

—Pues eres menor que yo, mira tú. Aunque, para ser sincera, te diré que he nacido hace apenas seis meses.

—¿Qué decís, gallega?

—Ay, mujer, que no soy gallega, ya te lo he explicado mil veces. Soy de Castilla la Vieja, no de Galicia. Las únicas gallegas de por aquí son la Rosario y la Consuelo que trae el pan.

—Y Pilar.

—No, que esa es de Asturias, anda, por Dios. Y yo, de Castilla, recuérdalo.

—Está bien, está bien, ¿pero qué es eso de que naciste hace seis meses?

—Es que he llegado a esta bendita tierra el día de mi cumpleaños, hija mía. El 26 de noviembre he cumplido diecisiete y ese mismo día, por la mañana... cerca del mediodía, creo yo... ¡Anda, que no recuerdo la hora! Pero no hace al caso, la fecha es lo que importa. Pues bien, el 26 de noviembre he bajado del barco y he puesto los pies en este suelo y he vuelto a nacer. Aquí, en la Argentina, que a eso he venido, a nacer, a vivir una vida nueva y diferente. Con mi Joaquín, vamos, que es el hombre de mi vida. Así que ya sabes, Juana, la fecha de mi nuevo nacimiento me la he grabado en el corazón: 26 de noviembre de 1892. Ya ves qué pequeña soy.

—Ay, ay, ay, Felisa. Estás loca, eso es lo que veo.

—Loca de amor por mi Joaquín. Ya lo has conocido y no dirás que no es buen mozo.

—Si yo no digo nada, gallega.

—Vuelta la burra al trigo...

—¿Y no extrañas a tu familia?

—Que no, mujer... A mi padre, un poco, el pobrecillo. Pero si conocieras a mi madrastra... ¡Ay, Virgen de la Misericordia, qué mujer tan malvada!

—¿Tenés hermanos?

—Dos hermanas, hijas de mi padre y mi madrastra; tan malas como la madre que las parió, las chiquillas... Yo no he conocido a mi madre, ¿sabes? Eso es algo que he lamentado siempre. Ha muerto a poco de nacer yo y eso me da un dolor aquí en el corazón, hija mía, que no sabes... Me crió mi abuela, la madre de mi padre, que ha muerto cuando yo tenía ocho años, poco después de que mi padre volviera a casarse... Así que ya ves, he dejado allí en mi tierra las cenizas de las

dos únicas mujeres que me han querido, y he venido a nacer otra vez en esta tierra, con mi Joaquín, claro está.

—¿Y tu padre no te quería?

—Sí, me quería, pero... Es que esa mujer le ha sorbido el seso, qué quieres que te diga. Ve por sus ojos, respira su aire, cree todo lo que le cuenta... Ay, perdona, Juana, pero ya no quiero seguir hablando de ellos. Anda, háblame tú de tu familia, ¿quieres?

—No tengo familia.

—Ah, perdona... Pues entonces cuéntame de las visitas que se trae el señorito. ¿Quiénes son?

—Don Esteban y su esposa, doña Catalina. Son amigos de la familia, pero más que nada del niño Miguel, y todos los años pasan el verano en la estancia. Luego vienen los tres aquí y se quedan unos días, hasta que el patroncito se va a Europa y ellos vuelven a la Casa de la Serpiente.

—¿La Casa de la Serpiente...?

—Sí, así la llaman. Queda en el barrio de la Recoleta, cerca del cementerio. Es lejos de aquí.

—¿Y tienen una víbora en esa casa?

—Yo no vi ninguna...

—¿Has ido? ¿Conoces la casa...? Cuéntame, mujer, que tengo que sacarte las palabras como si fueran diamantes, que así las ocultas. Anda, habla.

—Fui con doña Catalina el año pasado, el mismo día que el niño Miguel tomó el barco para ir a Europa, ya te dije que ellos se quedaban acá hasta que él se iba. La señora le pidió a doña Mercedes que me dejara ir para limpiar la casa y ella dijo que sí, entonces fuimos. Eso, nomás.

—¿Y cómo era la casa? ¿Muy grande, enorme? ¿Tenía jardín?

—Grande, sí, y con jardín, pero fea y...

—¿Y qué, mujer? ¿Es que no puedes contar todo de un tirón?

—Pasó algo muy raro aquel día que me llevó doña Catalina... Muchas veces lo pienso, pero no sé, no entiendo...

—Cuéntame y te diré qué pienso yo, a ver si entiendo algo...

—Ese día, don Esteban se había ido a la Casa de la Serpiente por la mañana, y como doña Catalina tenía que hacer algunas compras, prefirió ir a la tarde. Entre una cosa y otra, salimos casi de noche. “Lléveme primero al almacén de don Costa”, le dijo doña Catalina al cochero.

—¿Dónde queda ese almacén?

—Para el lado de la Recoleta, también, pero antes de llegar al cementerio.

—No conozco ese lugar...

—No hay muchas casas por ahí. Las pocas que hay tienen jardines muy grandes. Bueno, el cochero nos llevó al almacén de don Costa, nomás. Había un hombre parado en la puerta, y la señora se bajó del coche y le habló...

—¿Y qué le dijo... ?

—Dejá que te cuente, gallega, me interrumpís a cada rato. “Ay, don Costa, no sabe lo que pasó”, dijo doña Catalina. “La chinita se escapó...” Entonces el hombre se enojó y gritó bien fuerte: “¡China desagradecida. Son todas iguales, uno les da de comer y mire cómo le pagan!”. “Así es”, le dijo la señora, “tiene toda la razón. Seguro que se fue con algún vago”. Entonces él dijo: “Si la encuentro, la traigo de los pelos y le doy una paliza a puro rebencazo”. Y ella le contestó: “No la va a encontrar, don Costa. Ya debe estar bien lejos con el sinvergüenza que se la llevó”. Después de eso, volvió al coche y nos fuimos.

—¿Y de dónde se había escapado la chinita? ¿Y por qué se lo dijo al don Costa ese?

—La chinita se había escapado de la Casa de la Serpiente; para mí que a ella también la habían llevado a limpiar. Eso es lo que entendí yo. Y doña Catalina se lo dijo a don Costa porque se ve que la chica trabajaba en el almacén. Pero

esperá que te sigo contando... El coche se puso en marcha otra vez y al rato pasamos frente al cementerio; vi algunas cruces por detrás del paredón y miré para otro lado. No me gustan los cementerios, y menos de noche.

—Anda, mujer, que a mí tampoco. De día es otra cosa, pero de noche... De solo pensarlo, me dan escalofríos.

—Como te decía, seguimos unas cuadras más, doblamos por una calle y al fin el coche paró frente a una casa...

—¿Cómo era la casa?

—Desde afuera no se veía. Todo estaba muy oscuro. Te dije que por ese barrio los jardines son muy grandes, con árboles que tapan las casas. Además en esa calle no había luz. Bueno, bajamos del coche; doña Catalina abrió la puerta del jardín y entramos. Al fondo se veía un farol, pero mucho no alumbraba.

—Y ninguna serpiente apareció por el camino...

—Ya te dije que no... Pero lo raro era que... que la casa no estaba vacía.

—Claro, estaba el marido de la señora...

—Aparte de él, quiero decir. Doña Catalina me había dicho que no había nadie más. Pero apenas pusimos los pies en la galería, oí la voz del señor, a lo lejos; no sé qué decía. Parecía que hablaba con alguien. Entonces doña Catalina gritó, bien fuerte: “¡Llegamos, Esteban!”, y él le contestó: “Estoy en la cocina” y no volvió a hablar más.

—¿Y con quién hablaba el patrón?

—Esperá un poco, gallega, ya vas a ver. Seguimos por la galería y pasamos frente a la cocina... La puerta estaba abierta y había algo de luz... Entonces la vi...

—¿A quién...?

—A una chinita como yo. Estaba cocinando, se ve, porque revolvía algo en una olla. Don Esteban estaba parado detrás y le hablaba al oído...

—¿Y qué le decía?

—Ay, gallega, cómo voy a saber qué le decía, si yo estaba afuera y él le hablaba al oído, bien pegado a ella...

—¿Pegado...?

—Sí, le hablaba y se le apoyaba encima, y la tocaba...

—El muy asqueroso...

—Doña Catalina, que venía detrás de mí, me puso una mano en la espalda y me empujó un poco para que caminara más rápido... Me dijo que mejor me fuera a dormir porque era tarde y al otro día me tenía que levantar muy temprano.

—¿Tú le preguntaste algo?

—Qué le iba a preguntar si era su casa. Yo iba a hacer la limpieza, nomás.

—¿Pero la señora no le dijo al del almacén que la chinita se había escapado? ¿O acaso sería otra...?

—Y yo qué sé, gallega. No preguntes tanto, que todavía no te conté lo más importante.

—Bueno, mujer, cuenta, cuenta, que me tienes sobre ascuas.

—Después de cruzar el patio, llegamos a una escalera angosta, de fierro. Arriba estaba la piecita con el catre para mí. Doña Catalina me dejó una vela y me dijo que me acostara y la apagara enseguida. Yo le hice caso y ahí nomás me dormí. No sé cuánto tiempo habría pasado, pero... me despertó un grito...

—¿Un grito...? ¿De quién...?

—Para mí, era de la chinita. Un grito horrible, y enseguida un ruido de golpes, y después nada más...

—¿Cómo que nada más? ¿Y no bajaste a ver qué había pasado...?

—¿Cómo iba a bajar, gallega? Estaba oscuro, todavía era de noche y no tenía con qué prender la vela... Me senté en el catre y me quedé quieta, escuchando... Me pareció oír unas voces, lejos, como viniendo del jardín...

—¿Y qué más...? ¿Qué pasó después...?

—Nada. Después no se oyó nada más y me volví a dormir. Pero a la mañana, cuando me levanté y fui a la cocina, la chinita ya no estaba. Ni en la cocina ni en ninguna parte.

—¿Adónde se había ido?

—Y yo qué sé, gallega.

3. El silencio y los gritos

Si su piel hubiera sido blanca como la de Felisa, seguramente cuando ella le preguntó si el niño de la casa era buen mozo, Juana se habría sonrojado. (Vení, chinita, decía él y ella iba porque era su obligación.) Pero la piel morena de sus mejillas no sabía tomar ese tinte rojo ni abrasarse con ese calor súbito que la vergüenza suele provocar en los rostros más claros que el suyo. (Vení, chinita, decía él.)

Por eso cuando en la cocina de la casa, ocupada cada una en su tarea, Felisa formuló la pregunta, ella hizo lo que solía hacer cuando algo la intimidaba: bajar la vista y ordenar a sus manos que no la delataran con temblores inoportunos. Por suerte para ella, Felisa no dejaba de hablar y saltaba de un tema a otro, a veces sin esperar respuesta. ¿Habría comprendido Felisa que a ella no le gustaba hablar de su vida, de su pasado? Juana sentía que le faltaban las palabras, ¿cómo iba a darlas, si no las tenía? Podía devolver miradas, gestos, hasta prodigarse en sonrisas podía o en conversaciones que no tuvieran que ver con su intimidad, porque cada vez que llegaba el momento de hablar de sí misma, su boca se obstinaba en el silencio. Cómo le habría gustado responderle a Felisa con muchas palabras cuando ella le preguntó sobre su familia y no de una manera tan mezquina como apenas pudo hacer. No tengo a nadie, habría querido decirle. Soy una india, ¿a quién voy a tener?

Pero conocí a mi madre, ¿sabés?, le habría gustado decir. Aún recuerdo el sonido de su voz junto a mi oído, aunque no

sus palabras; siento la tibieza de su aliento arrullando mi sueño con sonidos extraños, pero no sé lo que dicen. Recuerdo el viento y el frío, y el calor de su pecho. Guardo su vincha bajo mi almohada y me duermo rozando con los dedos sus hilos de colores, aunque ni siquiera sé si era suya esa vincha o vaya a saber de quién; solo sé que la tengo, que la tuve siempre, que es mi recuerdo más antiguo, que jamás me separaré de ella, que me digo una y otra vez que era la vincha de mi madre porque sí, nomás, porque se me da la gana, porque no tengo otra cosa que me la recuerde. Salvo los gritos.

Pero no lo dijo. A veces veo su cara oscura, oscura como la mía (¿la veo o me la invento?), su pelo renegrado con la trenza colgando a la espalda y la vincha partiendo su frente en dos, le habría gustado decir. Pero no lo dijo. No pudo. No sabía cómo.

Los gritos.

Nunca llegaban solos los gritos. Llegaban con una presión sobre su pecho que la obligaba a respirar hondo, hondo, con toda la boca abierta, hasta que una aguja se le clavaba en el costado con una punzada seca y profunda, que la inmovilizaba. Llegaban en cualquier momento. Llegaban en cualquier lugar. En la estancia, aquella vez que el patrón la sorprendió de rodillas en su habitación, mientras fregaba el piso, y con la punta de la bota empezó a rozarle una pierna y a levantarle la pollera. Y llegaban también cada vez que el patroncito la empujaba contra la pared, al principio, y después, cuando simplemente la llamaba a su lado y ella iba porque no podía hacer otra cosa.

Tampoco sabía si esos gritos eran el eco de los de su madre o si eran la repetición infinita de todos los gritos de todas las madres a las que los soldados les arrancaron sus hijos, aquella mañana, en la ciudad, para entregarlos como sirvientes, como esclavos a las familias porteñas. Las manos, los brazos de su madre la sujetaron con furia, con desesperación, y ahí vienen los gritos, ese es el momento. Todos los gritos, porque mientras a su madre le arrancaban la hija, a las otras madres también les quitaban sus hijos, a

todas. Primero las separaron de sus hombres, después de sus hijos. A todas.

Y los gritos. Todos los gritos en su cabeza. Para siempre.

4. Pan de ayer

—Eh, niña, ¿ya has comenzado a llenar de pan tu delantal?

—Que no lo lleno, Rosario, solo guardo un mendrugo por si me da hambre.

—“¡Mendrugo!” ¡Vaya la niña! Si un pan entero llevas ahí. Lo estoy viendo.

—Es pan de ayer, Rosario, que el que ha traído hoy la Consuelo ni lo he tocado, qué digo, ni lo he mirado, siquiera. Anda, mujer, que de todo protestas.

—Anda tú, Felisilla, que aquí se te da de comer. Cualquiera que te viera con el pan en el delantal pensaría que pasas hambre.

—Que no paso hambre, mujer, y tú lo sabes. Pero déjame con mi pan a buen resguardo que no le hago mal a nadie. Y es pan de ayer, ya te lo he dicho, a ver quién lo quiere, ¿eh? Si no fuera por mí, terminaría seco y duro en un rincón, el pobrecillo.

—Ay, Felisa, calla ya, calla que hay mucho que hacer. Esta tarde llegará el hijo de doña Mercedes y querrá el chocolate y los churros, y también las natillas para el postre de la cena.

—¿Conoces al señorito, Rosario?

—Claro que sí. Antes venía más seguido a ver a su madre, pero ahora se pasa casi todo el tiempo en la estancia y viajando a París.

—¿Es buen mozo?

—Oh, sí. Ya lo verás.

—Le he preguntado a la Juana, pero me ha dicho que no lo sabía.

—¡Cómo no lo va a saber, niña! Cualquiera que lo haya visto, lo sabe. Y la Juana lo conoce bien, ya que ha vivido en la estancia desde pequeña. Y ya basta de charla, Felisa, que se nos va la mañana y el pescado sin vender. Anda, ve al almacén de tu paisano y le pides una libra de chocolate y dos chauchas de vainilla. Y no te entretengas con tu Joaquinillo, que ya bastante tiempo te quita.

El andar de Felisa era rápido y desmañado. Su pierna derecha rengueaba levemente a causa de un accidente en su infancia del que no le gustaba hablar. Las tres cuadras que debía caminar hasta el almacén del padrino de Joaquín, Felisa las recorría casi a diario para ver a su prometido y, cada vez que lo hacía, no dejaba de compararlas con el largo y sinuoso camino que, en su pueblo, separaba su casa de la de Joaquín. Esos pasos desperejados, alegres ahora y doloridos antes, cuando los golpes de su madrastra la hacían huir en busca de amparo y consuelo, siempre la llevaban a Joaquín, su amigo desde que eran niños, su confidente, su cómplice. Fue él quien la convenció para viajar a la Argentina, después de que su padrino lo llamó para ofrecerle trabajo en el almacén. “Voy, si tú vas, Felisa”, le dijo, y en ese momento ella supo que iría, que jamás se separaría de él y que, fuera adonde fuera, lo seguiría siempre.

Ahora Felisa se detiene en una esquina y mira hacia un lado, atraída por el sonido que aprendió a amar apenas llegó a Buenos Aires: ese cloc, cloc hueco y sonoro que no es más que el golpeteo de los cascos de los caballos en el adoquinado de las calles. Un coche negro y reluciente, guiado por un hombre de sombrero alto, se acercaba al trote lento de dos caballos imponentes, también negros, también relucientes. Felisa los mira pasar y ni siquiera se fija en quién va dentro del coche; le pareció ver a una mujer con la cabeza cubierta por una mantilla, pero no le interesa, solo presta atención al cloc, cloc, cloc de los cascos sobre los adoquines y eso es suficiente para alegrar aun más esa hermosa mañana de

principios de mayo.

Sin moverse de la esquina, mientras mira el coche que se aleja, Felisa lleva la mano al bolsillo de su delantal, saca el pan y comienza a mordisquearlo. El sabor reconcentrado del pan de ayer, levemente más salado y de consistencia un poco gomosa, acompaña bien ese momento de intensa y fugaz felicidad.

5. La cena

—Felisa, tú aquí, en la cocina, conmigo, que ya lo sabes, niña, no sé por qué te lo repito —ordenó Rosario—. Tú, Juana, ve a retirar la sopera y después lleva la fuente del pescado, hija. Que te quedes quieta, Felisa, ya te lo he dicho. El comedor no es tu sitio. Pilar es quien sirve, la única; Juana solo le alcanza las fuentes y recoge la mesa, que así lo quiere doña Mercedes, ya sabes.

—Me gustaría ver al señorito, Rosario. Déjame llevarle la fuente del pescado a Pilar.

—Que no, hija. Que doña Mercedes se va a enojar. Anda, lava esas ollas y no molestes.

En el comedor, Juana levantaba de la mesa los platos en que se había servido la sopa cuando, al pasar junto a Miguel, sintió —breve, pero intensamente— la presión de sus dedos sobre una pierna. En ese momento, muerta de vergüenza y reprimiendo el deseo de huir, le pareció que, al otro lado de la mesa, don Esteban y doña Catalina sabían lo que el patroncito acababa de hacer y por eso sonreían los dos con una complicidad tácita que le repugnó. Tal vez por la conversación que había tenido con Felisa esa misma mañana en la cocina, una imagen relampagueó ante sus ojos: la muchachita de la Casa de la Serpiente, aquella noche, hacía ya un año, la cocina de la casa, don Esteban detrás de la chica que revolvía en una olla sobre el fogón, ella misma mirando todo al pasar ante la puerta, la cabeza de él pegada a la de la chica, sus manos... La señora Catalina que venía detrás y la empujaba

hacia el fondo del patio, y ella, que casi se puso a correr, avergonzada, como habría hecho ahora, si no se hubiese obligado a seguir recogiendo los platos de la mesa y a ignorar esa complicidad de sonrisas que, después de todo (como pensó más tarde) quizás fuera solo una mala jugada de su imaginación. Pero no la mano del niño Miguel sobre su pierna. No la certeza de su mano; de eso no dudaba.

Después de la comida, a la hora del café y los licores, Felisa se las ingenió para ocultarse en el comedor ya vacío, y asomarse al salón sin que nadie la viera para espiar a sus anchas a las visitas. El señorito Miguel, tan atildado con su cuello duro y sus maneras refinadas de mover las manos y tomar asiento, no le gustó nada. Le bastó echarle una mirada y compararlo con Joaquín para llegar a la conclusión de que su prometido era cien veces más guapo. En cuanto a la pareja de invitados, lo mismo: no le gustó ninguno de los dos, aunque por motivos muy diferentes. El hombre, que se movía y hablaba del mismo modo que el señorito, pero que a diferencia de él era mucho más bajo de estatura y tenía un abdomen demasiado voluminoso, le pareció desagradable y también algo ridículo. Recordó lo que le había contado Juana cuando lo vio hablándole al oído a la chica en la Casa de la Serpiente y le dio asco. Un recuerdo muy lejano quiso tomar lugar en su mente, pero Felisa lo rechazó de plano y se concentró aun más en lo que veía para no perder un solo detalle.

Quien la hizo estremecer fue la esposa del hombrecito barrigón, por lo parecida que era a su madrastra. Quizás no se tratara de un gran parecido físico, pero esa mujer tenía algo en común con la otra que Felisa no sabía precisar; tal vez fueran los dientes y esa sonrisa estirada de labios finos y secos, o la nariz filosa o el brillo malvado de los ojos. Era muy diferente a su madrastra en cuanto a apariencia; no se podían comparar sus modos, sus gestos, su figura, la ropa, el peinado, sin embargo, algo tenía esa mujer, en el rostro, más que nada, aunque también en la forma de reírse y en la voz, que a Felisa le provocaba un gran rechazo.

6. Mala noche

A veces Felisa le temía a la noche, no a la noche en sí, no a la oscuridad ni a los ruidos extraños que se dejan oír en medio del silencio y el desvelo, tampoco a los espíritus que pudieran rondar por allí, sino a los sueños que la noche trae consigo. Malos sueños que le dejaban un poso de angustia al despertar y una mancha capaz de oscurecer la mañana más bella y soleada, y que ella conseguía borrar solo a fuerza de empeño y voluntad.

Esa noche, mientras Felisa y Juana, solas en la cocina, terminaban de lavar y secar los platos a la vez que comentaban acerca de los invitados, sucedió algo que a Felisa le causó cierta inquietud, aunque no tuvo del todo claro el motivo: el señorito Miguel se había asomado a la cocina para pedirle a Juana que antes de retirarse le llevara una jarra de agua a su habitación. A Felisa le pareció que a Juana le temblaban las manos. La vio tomar aire con la boca abierta, como si le costara respirar. La vio aferrarse al respaldo de una silla y quedarse quieta, de espaldas.

—Anda, llévale la jarra —le dijo—. Te esperaré y luego nos iremos a dormir. Se nota que estás muy cansada.

—No, no me esperes, gallega. Andate, nomás. Yo voy después.

Por intuición, más que por otra cosa, supo que tenía que irse. Se durmió enseguida con un sueño pesado, negro, sin imágenes, un sueño profundo y muerto del que despertó con un sobresalto, sintiendo que algo le oprimía la garganta. Giró

la cabeza hacia la izquierda y, a la escasa luz de luna que entraba por la alta claraboya de la puerta, alcanzó a ver que la cama de Juana estaba vacía. Tal vez no sea tan tarde, pensó; cerró los ojos y volvió a dormirse.

Ahora, Felisa está mirando el techo abovedado de la iglesia y se le ocurre que podría caérsele encima. Aplastada contra las losas del piso quedaría si el techo se cayera. Más aun, mucho más, hundida entre los huesos que descansan debajo de las losas quedaría; cadáver entre los cadáveres que allí moran por los siglos de los siglos. Vamos, Felisa, tienes que irte de aquí, la iglesia no es sitio seguro para ti. No hay nadie, ni el cura siquiera, que todos se han ido. ¿Pero adónde iré?, se pregunta, y ese dolor en la pierna que no cesa... Vete, Felisa, se ordena. Vete. Pero afuera está el cementerio, dice ahora, y allí hay más muertos que en la iglesia, y no solo los esqueletos, sino los espíritus que se lamentan porque no encuentran su lugar ni en el cielo ni en el infierno. Vete, Felisa, vete. Afuera, un cielo frío, sin luna y cubierto de estrellas quiere aplastarla contra la tierra. Tal vez sería mejor, piensa, mejor la tierra que las losas de la iglesia. Y el dolor de la pierna que no cesa...

Asiendo la manta de lana con los puños blancos de tanto apretarlos, Felisa abrió los ojos a la luz de la madrugada. Juana dormía en la cama de al lado; de tanto en tanto, su boca tensa se agitaba en una mueca extraña, acompañando el rechinar de sus dientes, que se oía como el murmullo de los grillos al atardecer.

7. Gente importante

—¿Hasta cuándo se quedarán el señorito Miguel y sus invitados? —le preguntó Felisa a Rosario, mientras la ayudaba en la preparación del almuerzo.

—¿Y a ti qué te importa, “doña me meto en todo”?

—No te enojas, solo quería conversar.

—“Conversar”, “conversar”, vaya, niña, mira que conversas tú, ¿eh? A ver, lava ese arroz hasta que el agua quede clara. Ponlo en el cedazo, anda. Y para que no te muerda la curiosidad y hagas bien tu trabajo, te diré que el señorito Miguel y sus invitados se irán esta misma semana. El señorito, a París, como hace todos los años. Los otros dos, pues a su casa, ¿adónde, si no?

Para Felisa, el almuerzo transcurrió como la cena de la noche anterior, es decir, sin ninguna intromisión de su parte en el comedor. Pero a la hora del café y los licores —del mismo modo en que lo había hecho la pasada noche— cuando todos se fueron al salón, se ocultó en el comedor vacío para poder espiarlos un poco más y después contarle a Joaquín cómo era y de qué hablaba esa gente de Buenos Aires que tan poco conocía y tanta curiosidad le provocaba. Con la señora de la casa jamás había hablado. Era evidente que la gente importante no les dirigía la palabra a sus sirvientes, salvo a los mayores, como Rosario, a quien Felisa le calculaba una edad superior a los treinta años y que, además, llevaba

mucho tiempo en la casa ocupándose de la comida de todos los días. O también a Juana, a quien la señora se lo pasaba retando a cada rato y pidiéndole cosas de la mañana a la noche, como había hecho el señorito Miguel cuando se acercó a la cocina para decirle que le llevara una jarra de agua. Todas las mañanas, Juana le servía a la señora Mercedes el desayuno en la cama, después la ayudaba a embutirse en el corsé, a vestirse y a peinarse, y la acompañaba cuando salía de compras para cargar montañas de cajas y paquetes de ropa. Juana, siendo tan joven, era la sirvienta más antigua, ya que había vivido casi toda la vida en la estancia de los señores y siempre había estado a su servicio, hasta que murió el señor y doña Mercedes la trajo con ella a Buenos Aires. Para Felisa, en el rango de “personal de servicio no ignorado del todo”, después de Rosario y Juana le tocaba el turno a Pilar, que era la única habilitada para servir la mesa. Tampoco es que le hablaran demasiado, pero en sus incursiones como espía, Felisa había escuchado a doña Mercedes dirigirse directamente a Pilar con frases como: “que venga Juana a levantar los platos”, “decile a Rosario que la sopa está fría” y cosas por el estilo.

De modo que cuando Pilar terminó de servir el café y se retiró del salón, ya estaba Felisa oculta en el comedor como la noche anterior. La escena era la misma, hasta se había sentado cada uno en el mismo lugar, solo que ahora Felisa veía todo de otra manera, a lo mejor por la profusa luz que entraba por los ventanales o, quizás, porque esta vez la escena era una repetición de la anterior y no una novedad. Seguramente por eso mismo prestó más atención a lo que hablaban, cosa que no había podido hacer antes.

—Nosotros también iremos a París —dijo Esteban, con su copa de licor en la mano—, pero tendremos que esperar hasta julio. Los negocios me reclaman en Buenos Aires y no puedo desatenderlos. Claro que si fuera por Catalina, nos iríamos ya mismo, ¿no es cierto, querida?

—Ay, Esteban, no me hagas acordar, por favor... —dijo la mujer, llevándose la mano al pecho y entrecerrando los ojos en un gesto de sufrimiento—. Nunca había visto un

espectáculo tan atroz...

—Lo que sucede —empezó a explicar el marido, dirigiéndose a doña Mercedes y a su hijo— es que esta mañana tuve la pésima idea de pedirle a Catalina que me acompañara al puerto, donde debía realizar un trámite, y la desdichada casi se me muere ahí mismo —terminó, tomándole una mano a la esposa, compungido ante su dolor.

(El puerto, el hermoso puerto de Buenos Aires, pensó Felisa. Le diré a Joaquín que me lleve el domingo a dar un paseo.)

—¿Pero qué ha pasado, por Dios? —quiso saber doña Mercedes, preocupada, como es debido, al oír las palabras del invitado.

—Es que he visto a la turba —dijo Catalina, ya recuperada, pero manteniendo a rajatabla el gesto de sufrimiento que le achicaba los ojos y le arrugaba la frente—. ¡La turba bajando del barco, Dios mío!

(¿La turba? ¿Qué es eso?)

—Pobre Catalina —se compadeció su marido—. No es para menos. A mí me afecta, desde luego, pero un hombre sobrelleva estas cosas de otra manera. Ustedes, las mujeres, son más sensibles —dijo, mirando a doña Mercedes, a la vez que subía y bajaba lentamente la cabeza.

—Esos extranjeros, ¡Virgen Santa! —Catalina se persignó y tomó la palabra nuevamente—. Son mendigos, ignorantes, sucios. Atestaban el puerto como las moscas en el matadero, ávidos de nuestra sangre. ¡Dios mío! No sé cómo no me he desmayado ahí mismo —terminó Catalina, ambas manos sobre el pecho, los ojos cerrados, la frente una sola y profunda arruga como marcada a fuego.

(Madre de la Misericordia...)

—Estos son los tiempos que corren, querida amiga —dijo Miguel—. Las autoridades se están burlando de nosotros, y de más está decir que al burlarse de los ciudadanos, se burlan de la patria. ¿Qué pretenden? —aquí hizo una pausa, mientras los demás lo miraban, expectantes—. Nuestro glorioso ejército ha

vencido al indio —siguió—, permitiendo que la civilización llegara al desierto salvaje, ¿y para qué? —otra pausa—. ¿Para terminar abriéndoles las puertas a estas hordas de miserables? ¡Por favor...! —terminó, indignado.

(¿Miserables...?)

—Es difícil comprender a quienes nos gobiernan — reflexionó Esteban, mirando muy serio a su auditorio—. Yo me pregunto por qué no toman ejemplo de nuestros hacendados, que gastan fortunas trayendo de Europa a los más selectos ejemplares de ganado para cruzarlos con los de aquí y así mejorarlos. ¿Acaso, doña Mercedes, no es eso lo que hizo su esposo, que en paz descansa, toda su vida...?

Doña Mercedes, emocionada por la mención del marido muerto, juntó ambas manos sobre la falda, asintiendo una y otra vez con la cabeza.

—¿Por qué nuestro gobierno no hace como ellos, entonces? —siguió Esteban—. ¿Por qué tienen que traer a nuestra patria una inmigración inferior?

(Inferior...)

—Ya que las autoridades no hacen nada para impedir la llegada de esta chusma, nosotros, ¡argentinos!, tenemos el deber de hacernos oír por el bien de nuestra patria — proclamó Miguel, la voz inflamada, el puño en alto.

Doña Mercedes, con los ojos vidriosos a causa de tanta emoción contenida, tomó la mano de su hijo.

—Miguelito —casi susurró—, esa es la palabra necesaria... Patria, patria... Palabra querida, tan manoseada y devaluada en estos días... Patria... Tenemos que devolverle el brillo que tuvo antaño... —y ya no dijo nada más porque la voz se le quebró en una especie de maullido desgarrado.

—Sí, doña Mercedes, Miguel, tienen razón —tomó la palabra Esteban—, es hora de que nos oigan, y para eso tenemos que dejar de ser la mansa vaca que se deja ordeñar...

—Ah... —suspiró Catalina—. Ya me siento mejor. Aquí se respira aire nacional.

(Ganado. Chusma. Patria. Argentinos. Aire nacional...)

Felisa, con la cabeza baja y una piedra en la garganta, volvió a la cocina.

8. Otras palabras

Felisa quería contar lo que había escuchado en el salón, quería gritarlo, escupir esas palabras que la habían herido, pero no podía. No a Rosario, ni a Juana, siquiera. La piedra que le atravesaba la garganta se lo impedía. Por eso, cuando Rosario la mandó a buscar canela al almacén, sintió, al fin, que la piedra empezaba a desintegrarse y que el aire, de a poco, circulaba otra vez por donde debía. Joaquín era el único a quien podía confiar eso que había escuchado y tanto le dolía. Él, como siempre, sabría encontrar las palabras necesarias para calmar su angustia.

—No hagas caso, Felisa. Ya sabes cómo es esa gente — dijo, cuando ella, agitada por una furia que aún persistía, le contó lo que había escuchado en el salón.

—Que no lo sabía, hombre. Es la primera vez que les oigo hablar y mira lo que dicen.

—Bueno, ahora ya lo sabes. No esperes nada de ellos.

—Pero son mis patronos, Joaquín.

—Eso, patronos, tú lo has dicho. Ni parientes ni amigos, patronos. Si lo tienes claro, no te dolerá lo que oigas.

—Pero han dicho que somos miserables y chusma, y mendigos y sucios, y...

—¿Y tú crees que eso es verdad?

—Que no, hombre. Cómo voy a creer eso, por Dios.

—Entonces no tienes por qué preocuparte. Anda, que los

ricos son iguales en todas partes. ¿O crees tú que en España son mejores?

—Es que a esos no los conozco. No había señoritos como los de aquí en nuestro pueblo, Joaquín, dueños de tantas tierras y tantas vacas.

—No en el nuestro, pero sí en otros. Con menos tierras y con menos vacas, seguramente, pero con tantos humos como estos, mujer. ¿Que dicen cosas feas de nosotros? Pues anda, que con su pan se lo coman.

—¿Y siempre serán así las cosas, Joaquín?

—No, ya han de cambiar, mujer. Nuestros hijos verán otro mundo, que a eso hemos venido a esta tierra.

—Anda, hombre, que a mí también me gustaría verlo.

—Lo verás, lo verás. Y ahora, a reír, que no quiero verte con esa tristeza en los ojos, que me partes el alma, Felisa.

9. La víspera

Otros almuerzos y cenas, más otros cafés y licores en las sobremesas del salón, o el té y el chocolate de la tarde — siempre acompañados de las amenas charlas propias de la gente educada y mundana— se fueron sucediendo durante la semana sin que Felisa intentara espiar a los concurrentes o escuchar su conversación. Consideraba que ya tenía en su haber demasiadas palabras hirientes —difíciles de olvidar, por cierto— y no quería correr el riesgo de tener que escuchar más. Por otro lado, con los preparativos del viaje del señorito Miguel a París, había tantas cosas que hacer, que no quedaba demasiado tiempo para escabullirse por allí sin que Rosario notara su ausencia en la cocina o en la piecita del planchado.

La víspera del viaje fue el día más atareado, con tanta prenda que asolear y sacudir, tanto cuero de botas y botines que lustrar, docenas de camisas que almidonar y planchar, y una pasadita de hilo a estos botones, hija, y limpia el baúl, y no te olvides de colocar los ramitos de lavanda entre las prendas interiores, y... Y llegó la noche y también la cena, y el lavado de platos y ollas y, al fin, la hora de dormir. Mientras Juana y Felisa terminaban de secar y guardar los últimos cubiertos, ya todos se habían retirado a sus habitaciones. Y a punto estaban ellas dos de hacer lo mismo, cuando alguien se asomó por la puerta de la cocina.

—Juana, subime una jarra de agua, querés.

Eso fue todo. Apenas el señorito Miguel se retiró, Felisa miró a Juana, de espaldas otra vez, agitada su respiración, la

cabeza baja, mientras con torpeza intentaba quitarse el delantal.

—Oye, mujer, no vayas. Que no le hagas caso, te digo. ¿Quién se cree que es?

—El patrón, eso es.

—Ser el patrón no le da derechos sobre ti.

—Vos no sabés nada, gallega.

—Eso es lo que tú crees. Anda, que conozco muy bien a estos señores tan educados. No vayas, Juana. Al ver que tú no subes, se dormirá enseguida y se olvidará de ti. Recuerda que mañana deberá levantarse muy temprano y no está acostumbrado a madrugar como nosotras.

—¿Y si baja otra vez...?

—No vendrá, ya lo verás. Anda, vamos pronto a nuestra habitación. Allí no te buscará, no creo que quiera alertar a toda la casa.

Una mínima claridad de luna se colaba por la claraboya y caía sobre las manos de Juana que, acostada en su cama, tenía la mirada fija en el techo. Sin conciencia de lo que hacía, sus dedos jugueteaban con la vincha de colores de su madre.

—¿Qué es eso que tienes ahí?

—Nada... Es... una vincha.

—¿Una vincha? ¿Y para qué sirve?

—Para sujetar el pelo. Mi madre la usaba.

—Tienes un recuerdo de tu madre... Cómo me gustaría tener uno de la mía.

—Es lo único que me queda de ella. La guardo aquí, bajo la almohada.

—Yo tengo la manta que me tejió mi abuela. Ya ves, me abriga todas las noches. Jamás me he separado de ella.

—Y yo tampoco de la vincha.

—Duérmete ya, Juana. Y no pienses en el señorito Miguel. Mañana se irá y ya no volverá a molestarte.

—Dormite vos también, gallega, que es muy tarde...

La luna de la claraboya siguió su curso y la oscuridad llenó la habitación. Las manos nerviosas de Juana se calmaron, al fin, acariciando la vincha entre los dedos, y así logró dormirse. Pero los malos sueños hicieron presa de Felisa y la llevaron lejos, de regreso a su pueblo. Debajo de los párpados, sus ojos veían aquella noche, la más temida, la que Felisa se negaba a recordar. Y con esa noche llegaba la voz de la madrastra, la voz diferente de su madrastra, y también, intacto, el dolor de su pierna desgarrada y rota cuando la mula la arrastró entre las piedras. Y lo que era peor, peor aun que recordar y sentir su pierna rota, era ver y sentir la mano de don Gaspar alcanzando su cuerpo y oír su voz pastosa pronunciando esas palabras que no quería recordar, que nunca había querido recordar desde aquella noche de sus doce años. Después, la carrera con la mula llevándola a la rastra. El dolor de la pierna, sordo y filoso como la hoja de un cuchillo. Después, la iglesia vacía con sus muertos debajo de las losas. Ella sabía que la iglesia no era un buen refugio. Tampoco el cementerio, a esa hora cubierto de sombras. Tenía miedo de gritar, miedo de que apareciera don Gaspar y volviera a tocarla. Se mordió los labios para callar el dolor, hasta que por fin llegó su padre, que había salido a buscarla al ver que la mula regresaba sola. Él fue quien la encontró, casi desvanecida, a mitad de camino entre la iglesia y el cementerio.

Apenas el amanecer se insinuaba, el mal sueño empezaba a perder densidad y Felisa iba viendo, en una sucesión cada vez más borrosa, la cara de su madrastra, sus dientes apretados, la mano en alto lista para el golpe, los ojos vidriosos de don Gaspar cuando la llamaba, las piedras, su pierna, la iglesia, el cementerio... Hasta que, al fin, oía su propia voz... Vamos, Felisa... Su propia voz —muda, poderosa — pujando por debajo de las imágenes hasta romperlas del todo. Vamos, Felisa... Ya no estás allí, deja de temer. Vamos, Felisa...

Despierta, ahora, pero con los ojos cerrados, Felisa recompone su cuadro, otro cuadro, placentero, luminoso, vivo, que empieza, como

siempre, con los protagonistas —ella y Joaquín— tomados de la mano y descendiendo del barco. El olor a sol, el aire intenso y caliente, la tierra hospitalaria bajo sus pies, las voces extrañas y amigas de los que llegaban con ellos iban completando el cuadro y colmándolo de detalles mínimos, siempre diferentes y nuevos, como el revoloteo de las moscas —recuerda Felisa ahora, está segura, lo ve, ¿cómo no lo recordó antes?— en torno a la cabeza rubia de un niño que, sentado en un canasto, comía un trozo de pan rebosante de miel, o el pañuelo rojo que aquella mujer de grandes ojos negros se había quitado del cuello para sonarle la nariz a su hijo pequeño, o el puñado de higos secos que un hombre joven le obsequiaba a una muchachita que lloraba en silencio. Detalles, apenas. Pinceladas llenas de color que completaban el cuadro cada amanecer.

10. Unos se van, otros se quedan

Todos se levantaron temprano esa mañana. Las cuatro mujeres de servicio, como siempre. Los señores, más que de costumbre. El alboroto de la partida comenzó con el desayuno, siguió con el equipaje, que hubo que bajar por la escalera y llevar al jardín para que el cochero lo cargara en su coche, y terminó cuando el señorito, su madre y los dos invitados salieron de la casa con destino al puerto, donde el joven debía embarcar rumbo a Francia. Pero entre una punta y la otra, es decir, entre el desayuno y la salida de la casa, sucedieron algunas cosas dignas de ser mencionadas.

Mientras Pilar servía el desayuno en el comedor, Rosario, Juana y Felisa subieron a la planta alta para ocuparse de los últimos detalles del equipaje. Una vez que lograron bajar el baúl por la escalera, se oyó la voz de doña Mercedes desde el comedor:

—¡Juana! Acercate, querés.

Juana acudió al llamado y dejó que Rosario y Felisa siguieran arrastrando el baúl hasta la puerta de entrada. Felisa aguzó el oído.

—Después del almuerzo te vas con la señora Catalina a la Casa de la Serpiente y la ayudás en todo lo que necesite. ¿Entendiste, m'hija?

Desde la entrada, Felisa alcanzó a oír un suave “sí, doña Mercedes”, en el mismo momento en que ella y Rosario dejaban el baúl junto a la puerta. Y antes de que Rosario

podiera abrir la boca para retarla o darle un tirón a su delantal, Felisa corrió hasta la puerta del comedor y, ocultándose tras el cortinado, espió lo que allí sucedía.

—Doña Mercedes, no sabe cómo se lo agradezco —decía la señora Catalina en ese mismo instante.

—No tiene nada que agradecerme, querida, si no nos ayudamos entre nosotras...

—Mañana mismo se la devuelvo; va a ser mejor que pase la noche en casa. Hay mucho que hacer.

Desde su escondite, Felisa no veía la cara de la mujer mientras hablaba porque le daba la espalda, pero fue suficiente su voz para hacerle sentir cierta repulsión de la que no supo el motivo. Probablemente fuera el tono con que habló, una modulación que le pareció engañosa sin saber bien por qué, lo cierto es que las palabras de la mujer o la forma en que las dijo le desagradaron; y si bien no pudo verle la cara, sí vio las de los dos hombres, que estaban sentados frente a ella. ¿Le pareció que los ojos del señorito Miguel, y también los de don Esteban, brillaban de un modo inusual? ¿O tal vez se lo imaginó?, porque después de todo, no estaba ella tan cerca de la mesa como para poder apreciar semejantes detalles de la mirada. ¿O sí? En todo caso, había algo en la manera de mirar de los dos que no le gustó nada, como tampoco le había gustado la forma en que habló la señora Catalina.

—¿Qué hacés ahí, parada? Podés irte, m'hija —ordenó la señora Mercedes, mientras agitaba una mano como espantando moscas.

Juana salió por la puerta que daba al patio y Felisa se quedó unos instantes más, extrañamente alerta, aunque no sabía por qué.

—Estas chinas son todas iguales. A cuál más burra, por Dios... —dijo el señorito Miguel cuando Juana se fue.

—¿Qué podés pretender de los indios, Miguel? Por más que los tratemos como gente, nunca van a dejar de ser salvajes —dijo don Esteban, mientras los demás aprobaban el

comentario moviendo la cabeza, resignados.

Felisa sintió que la tironeaban del delantal y no tuvo más remedio que abandonar su escondite.

—Si doña Mercedes te descubre espiando, te pone de patitas en la calle —murmuró Rosario, mientras se llevaba a Felisa de un brazo hacia la escalera, para terminar de bajar el equipaje.

Después del desayuno llegó el cochero, y Juana y Felisa lo ayudaron a cargar el baúl. Mientras todos subían al coche, se quedaron las dos en el jardín, mirando. El señorito Miguel, que fue el último en subir, al pasar junto a Juana le susurró algo que Felisa oyó perfectamente: “Te vas a arrepentir, india de mierda”.

11. No te metas

Nunca le había hablado así Juana. Tampoco nunca se había enojado con ella. Con cara de pocos amigos la había mirado casi siempre, sí, pero muda, pensando en vaya a saber qué, como perdida en algo que no quería compartir con nadie. Pero enojada, no. Nunca, hasta ahora.

—¿Por qué te dijo eso? —le había preguntado ella cuando el coche salió para el puerto y se quedaron las dos ahí, quietas, en el jardín, mirando cómo se iba.

—¿Y a vos qué te importa? —le respondió Juana, malhumorada.

—Te trató mal. Eso no está bien —fue todo lo que se le ocurrió decirle.

—No es asunto tuyo, gallega. Y no me molestés más, querés.

Lo dijo y se fue. Con mala cara se lo dijo, muy mala, y ella se sintió herida y avergonzada, también, porque no quería molestarla; solo quería entender y ver si podía ayudarla en algo. No le gustaba nada el señorito, con esos modales que podían ser muy elegantes, sí, pero que seguramente le servían para ocultar algo muy feo, si no, ¿por qué le había dicho eso a Juana?

Cuando doña Mercedes y los dos invitados volvieron del puerto, el almuerzo ya estaba listo y la mesa puesta. Mientras Felisa estuvo ayudando en la cocina, Juana se pasó todo el tiempo limpiando las habitaciones, de modo que no pudo

intercambiar una sola palabra con ella, como habría querido hacer, a pesar de que imaginaba que todavía seguiría enojada. Después de almorzar, doña Mercedes le dijo a Juana que ayudara a la señora Catalina a preparar el equipaje y que luego partiera con ella y su esposo a la Casa de la Serpiente.

Juana se fue y Felisa se quedó en el patio con una opresión en el pecho y unas ganas de llorar que a punto estuvo de salir corriendo a buscar consuelo en Joaquín. Si no lo hizo, fue porque Rosario se la llevó a la piecita del planchado, donde la aguardaban un cuenco de almidón, una pila de sábanas y manteles y la plancha caliente sobre el brasero.

Esa noche le costó dormirse. Desde su llegada a la casa, siempre había estado Juana en la cama de al lado y ahora la extrañaba. Cada vez que se despertaba después de uno de sus malos sueños, la voz de Juana la devolvía a la realidad (“Tuviste otra pesadilla, gallega”), y ella respiraba hondo y se llenaba de alegría, y repetía para sí: fue un sueño, fue un sueño, estás en otro país con Joaquín, dentro de poco tendrás tu propio hogar, donde nacerán tus hijos... Pero ahora Juana no estaba y, aunque sabía que iba a volver al día siguiente, Felisa seguía con esa opresión en el pecho y esas ganas de llorar que solo Joaquín habría podido calmar.

12. Aquella noche, esta noche

Al fin logró dormirse, y junto con el sueño, fue la voz engañosa de su madrastra lo primero que le llegó; la voz de aquella noche, la única noche. “Anda, niña...”, oyó, antes aun de que la imagen de la mujer se forjara en el sueño, los ojos, la boca de dientes apretados, la nariz filosa. “Anda, niña, que don Gaspar te espera. Ve, criatura...” Y ella fue, llevando la mula para cargar la bolsa de harina que habría de darle don Gaspar. Con desconfianza fue, con cierta aprehensión que no podía entender, con una garra apretando su estómago. “Anda, niña...” Pero la imagen de su madrastra no apareció en el sueño; sí vio la cara de don Gaspar, sus manos que avanzaban hacia ella; el viejo abriendo la boca para decirle... “Ven aquí, niña...” Una de sus manos posándose en su cintura. “Ven...”, repitió mientras ella retrocedía para esquivar la presión de sus dedos. “Ven aquí...” Sí, eso dijo. Las palabras que no quería recordar y que temía soñar llegaron, al fin, pegadas a la imagen de la cara y a la prepotencia de la mano de don Gaspar sobre su cuerpo. “Ven aquí, niña, que es tu madre quien te ha mandado.” Y a continuación, su respuesta y la furia con que la pronunció, y la prolongación de esa furia en sus propias manos, retorciendo las riendas de la mula: “¡Si yo no tengo madre...!”. Entonces él avanzó hacia ella, los brazos estirados, la voz húmeda y demandante: “Ven conmigo, que ya he pagado por ti, pequeña zorra”. De repente todo estuvo claro: la noche —esa noche— y la voz de su madrastra. El tono de la voz, “anda, niña, que don Gaspar te espera”. El único impulso de Felisa fue el de correr, pero antes de que pudiera

hacerlo, el viejo gritó: “¡Ven aquí, te digo!” y dio un golpe con el puño en la puerta, que asustó a la mula y la hizo salir corriendo, espantada, arrastrándola a ella, que aún sujetaba las riendas, en su carrera lomada abajo. Luego el dolor de la pierna, ese dolor...

Empapada de sudor y lágrimas, Felisa se sentó en la cama. Un hilo de luna entraba por la claraboya. “Ay, Juana...”, dijo, y al decirlo, recordó que Juana se había ido. Su cama vacía le pareció un mal presagio. Se sintió sola, abandonada. Llevó una mano hasta su pecho y comprobó que los latidos del corazón eran intensos y rápidos, y su respiración, agitada. Sentada en la cama, se quedó mirando el hilo de luna que caía sobre la manta de lana, entonces, de a poco, casi sin darse cuenta, empezó a dibujar sobre el tejido los ojos y la sonrisa de Joaquín. Y ahí se quedó, mirando esos ojos y esa sonrisa dibujados con luz de luna hasta que su corazón se calmó y la respiración se hizo más pausada. Después volvió a acostarse y se durmió.

Cuando la primera claridad de la mañana entró por la claraboya y Felisa abrió los ojos, su primer pensamiento fue para Juana. ¿Seguiría enojada con ella cuando volviera? ¿Por qué se había enojado? Felisa era consciente de que hablaba y preguntaba demasiado, ¿pero de qué otra forma podría enterarse, si no, de lo que pensaban y sentían los demás?, ¿y cómo la conocerían a ella los demás si no hablara?

Esa mañana había tenido que ayudar a Pilar en la limpieza de las habitaciones en lugar de Juana, y cuando terminó, Rosario le encomendó la tarea que más le gustaba: ir al almacén del padrino de Joaquín a llevar la nota del pedido y volver una hora más tarde con Joaquín y la canasta de comestibles, que él depositaba en la mesa de la cocina y descargaba, de a poco, mientras charlaba a sus anchas. Cuando Rosario le dio la lista, entonces, Felisa cargó de pan el bolsillo de su delantal y salió a la calle silbando una vieja tonada que había desembarcado con ella.

La mañana, bastante fresca, pero con un sol radiante, le

quitó a Felisa la inquietud que el enojo de Juana le había provocado. Seguro que ya se le ha pasado, pensó. Entonces tuvo una idea: le iba a decir a Joaquín que el próximo domingo fueran a pasear al puerto, llevando a Juana como invitada. Contenta con el plan, se paró en una esquina a contemplar los caballos de un coche que se acercaba. Cloc, cloc, cloc. El sol ponía destellos de rojo en el pelaje castaño oscuro de los dos animales. Felisa cerró los ojos —cloc, cloc, cloc, se alejaban ya los cascos sobre los adoquines— y respiró profundo el aire a la vez fresco y tibio del otoño. De repente tuvo ganas de caminar un rato antes de ir al almacén, de dar una vuelta —ella sola, callada, muda, mirando, mirando— una vuelta breve, apenas un desvío por la plaza, una o dos cuadras de más, minutos, apenas, que no significarían ningún retraso en sus tareas. ¿Qué importancia podían tener unos pasos de más o de menos en el trajín de la mañana?

Todo era apacible y a la vez bullía bajo el sol. El aire, engañosamente quieto como un lago de aguas sosegadas, se rompía de repente con el traqueteo pesado del tranvía, mezclado con el cloc, cloc de los cascos de los caballos y el metal fragoroso y limpio —inconfundible— de la campana que lo anunciaba en cada esquina, como si fuera necesario alertar a la gente de su llegada. El tranvía era un animal fabuloso que recorría las calles de la ciudad, y había que advertir a los desprevenidos de su presencia majestuosa y feroz, por si se le ocurría engullirse a alguno en su camino.

Frente a la plaza, un hombre se había instalado en la vereda con su canasta de hortalizas y un balancín.

—*Bongiorno, signorina* —saludó a Felisa, sacándose el sombrero.

—Buen día, don Genaro —respondió ella con una sonrisa.

Signorina, signorina repetía para sí, murmurando bajito, mientras se alejaba. Le gustaba la palabra. *Signorina, signorina*. Sonaba dulce y mansa. Era una palabra azucarada, de miel.

En una de las esquinas de la plaza, brillaba el carrito de latón del manisero.

—Cucuruchos de maníííí... Maníííí... Maníííí...

Cucurucho, cucurucho, cucurucho. Felisa se rió con la boca en *u* y el olor caliente y picante del maní le hizo cosquillas en el paladar. El grito del manisero se fue perdiendo mientras daba vuelta a la plaza y cruzaba la calle, por fin, rumbo al almacén.

Un nuevo cloc, cloc, cloc hizo que su mirada se dirigiera hacia un coche que se acercaba. Dos señoras de sombreros emplumados conversaban en su interior, mirándose una a la otra, ajenas a la calle, a sus ruidos, a sus voces, a Felisa, que las contemplaba desde la vereda mordisqueando el pan que había guardado en el bolsillo de su delantal; un pan bastante seco, por cierto, pero que a fuerza de mover las mandíbulas, sus dientes y su saliva terminaron por convertirlo en una masa blanda y perfumada como la misma mañana.

13. A la hora de la siesta

Doña Mercedes todavía no se había levantado de su siesta, cuando un coche se detuvo frente a la casa. Fue Pilar quien abrió la puerta, al oír los furiosos golpes del llamador de bronce resonando en el salón. Pero había sido Felisa quien, desde un rincón del jardín, donde se hallaba juntando con pala y escoba las hojas secas del tilo que un viento suave se empeñaba en dispersar hacia la casa, había visto llegar el coche y bajar de él, apresurada, a la señora Catalina, a quien luego vio correr hacia la verja del jardín, empujarla, retomar la carrera hasta la puerta de entrada y, prácticamente y ante su asombro —escoba en una mano y pala en la otra— aporrear el llamador de bronce.

De sobra sabía Felisa que nadie la invitaría a conocer el motivo de la visita de la señora Catalina; motivo que la intrigaba sobremanera, ya que la mujer se había marchado de la casa de su patrona el día anterior llevándose a Juana, después de haber prometido que la devolvería al día siguiente, o sea, ese mismo día. Y ahora regresaba, sí, pero sin Juana. ¿Por qué?, se preguntó Felisa, y sabiendo, como sabía, que nadie le daría una respuesta, dejó la pala y la escoba junto al tilo, se escurrió por la galería y, después de asegurarse de que ni Pilar ni Rosario la habían visto, pasó al comedor y se ocultó donde ella sabía para espiar y escuchar lo que la señora Catalina hablara con la dueña de casa.

—¡Ay, doña Mercedes...! No sabe lo que pasó... —exclamó, al pie de la escalera y tomando a la señora por ambas manos,

una vez que la tuvo ante sí.

—Catalina, me asusta. ¿Qué sucedió?, por Dios... —dijo doña Mercedes, a quien aún se le notaba el sueño en los ojos.

—Juana... ¡Se escapó! Si no lo puedo creer...

—¿Cómo que se escapó? ¿Qué dice? No entiendo...

—Yo tampoco, doña Mercedes. Lo único que puedo decirle es que hoy, a eso de la una y media, después de que Esteban salió para su estudio, un coche se detuvo frente a la casa y un hombre bajó y se quedó esperando junto a la puerta del jardín. Yo, que había salido a despedir a mi marido, lo vi llegar y pararse ahí... Me extrañó, por eso me quedé mirándolo. En ese momento salió Juana y me dijo: “Me voy, señora”. “¿Adónde?”, le pregunté. “Me voy lejos”, me dijo, “con mi prometido”. Imagínese mi asombro... No pude ni abrir la boca, que ella ya había corrido hacia el hombre. Él le abrió la puerta del jardín y la ayudó a subir al coche. Yo corrí detrás, pero se fueron. Si al menos hubiera estado mi marido...

—Me deja helada, querida, helada... —dijo doña Mercedes, mientras se sentaba en uno de los sillones del salón—. Siempre la traté como a una hija...

—Lo sé, lo sé, doña Mercedes, pero esta gente no merece el trato que le damos. Esa es la manera en que nos pagan. Así nos agradecen lo que hacemos por ellos.

—China bruta... Vaya a saber qué cuentos le han metido en la cabeza...

—En el fondo me da lástima, doña Mercedes; ese hombre se va a aprovechar de ella, estoy segura.

—No se preocupe, Catalina. Bien merecido se lo tiene. India estúpida...

Desde su escondite, Felisa no podía apartar la mirada de la recién llegada. No creía ni media palabra de lo que acababa de decir. ¿Adónde se iba a ir Juana? A ningún lugar que no fuera esa casa en la que compartía una habitación con ella. ¿Con quién habría de irse? Con nadie. ¿Un prometido...? No, ninguno, ella lo sabría. Todo era una gran mentira, pero...

¿por qué?

—Bueno, doña Mercedes, ahora tengo que irme...

Esa voz. Esa manera de hablar que le traía a la mente el recuerdo de su madrastra. Ese perfil, la nariz, los labios, esos dientes apretados, la falsedad de esa voz. Su madrastra...

—Debo terminar de poner mi casa en orden y me gustaría tenerla lista antes de que llegue Esteban.

Miente, miente, se repitió Felisa, Juana no se fue a ninguna parte. Y de golpe abandonó su escondite y corrió hacia el patio, lo cruzó de dos zancadas y entró a su habitación. Fue derecho a la cama de Juana, tanteó debajo de la almohada y sacó la vincha de su madre. Ella tenía razón: Juana no se había ido; jamás se marcharía sin llevarse esa vincha de colores que guardaba debajo de la almohada, único recuerdo que le quedaba de su madre. Siguiendo un impulso, Felisa se guardó la vincha en un bolsillo del delantal.

14. Un racimo de pasas de uva

—Ay, niña, que estaban aquí, te digo.

—Que no, Rosario, te has confundido.

—Pues es este el armario en que guardo las pasas; me has visto dejarlas aquí en más de una ocasión...

—Ya lo sé, mujer, pero es que se han acabado la última vez que has hecho buñuelos.

—Que no, te digo, que quedaba un racimo, niña, uno bien grande.

—Te habrá parecido. Pero anda, ¿cuál es el problema? En un periquete me llego yo hasta el almacén y te traigo otro.

—Eso es lo que tú quieres: ir corriendo a ver a tu Joaquín.

—Mira que eres mal pensada. Lo único que quiero es salvarte la vida, que si no tienes listos los buñuelos para cuando venga doña Palmira a tomar el chocolate, doña Mercedes te dará de palos.

—Qué palos ni palos... Anda, corre al almacén y tráeme un buen racimo. Pero apúrate, ¿quieres?

A su manera desgarbada a causa de la pierna renga, Felisa corrió las tres cuadras hasta el almacén sin prestar atención a nada, ni siquiera al cloc, cloc de los caballos o a las hojas secas y crujientes de los plátanos que cubrían las veredas y le gustaba pisar. Solo se detuvo un instante en su carrera, y fue al llegar a una esquina, donde un viejo mendigo dormitaba con el sombrero a su lado invitando al paseante a

dejar una limosna. Felisa se llevó la mano al bolsillo, sacó el pan y luego un racimo de pasas de uva; dejó las pasas en el sombrero, volvió a guardar el pan y siguió corriendo.

Fue al padrino de Joaquín, el dueño del almacén, a quien Felisa encontró detrás del mostrador, mientras atendía a una clienta y otra esperaba su turno.

—Seguro que quieres ver a Joaquín, ¿no es cierto? —dijo el hombre, apenas Felisa entró al almacén—. Pues pasa, está en la trastienda.

—Gracias, don Andrés. Es solo un minuto, nada más, me iré enseguida.

Parado sobre una escalera, Joaquín acomodaba frascos y latas en los estantes más altos de la trastienda. Se sorprendió al ver a Felisa.

—Estoy muy preocupada —dijo ella.

Y ahí nomás, sin esperar siquiera a que él bajara de la escalera, le contó de un tirón todo lo que Juana le había dicho días atrás acerca de la Casa de la Serpiente y la muchachita que había desaparecido. No lo dejó abrir la boca ni para hacer una pregunta y siguió con la visita de la señora Catalina y lo que le había contado a doña Mercedes sobre la huida de Juana.

—Esa mujer miente, Joaquín. ¿Adónde se iba a ir la Juana, me quieres decir? ¿Y con quién?

—¿Tú qué piensas?

—Eso, que es mentira. Que la Juana no se ha ido a ninguna parte. Que todavía está en esa maldita casa. Me lo dice el corazón, hombre. Lo sé, lo sé, está allí, en la Casa de la Serpiente.

—No puedes saberlo, Felisa...

—Lo sé, te digo. ¿No ves que se repite la historia? ¿No ves que es lo mismo que me ha contado la Juana de la otra muchacha? Lo mismo, Joaquín, te lo he dicho: la señora Catalina fue al almacén y le dijo al dueño que la chica se había escapado, pero al llegar a la casa, la Juana la vio en la

cocina, y más tarde la oyó gritar y al otro día ya no estaba.

—¿Y quién te ha dicho a ti que se trataba de la misma chica?

—Era la misma, estoy segura. Doña Catalina le dijo al hombre que se había escapado, pero era mentira, estaba en la casa y al otro día desapareció de verdad... La Juana está en la Casa de la Serpiente, Joaquín. Tenemos que ir a buscarla...

15. De la escalera al hospital

—Has tardado, Felisa. Te dije que no te entretuvieras...

—Si no me entretuve, Rosario. Es que el pobrecillo Joaquín ha tenido un accidente. Toma, aquí tienes tus pasas — dijo Felisa, mientras dejaba un envoltorio de papel blanco sobre la mesa de la cocina.

—¿Un accidente? ¡Jesús...! ¿Qué le ha pasado...?

—Pues que estaba acomodando mercadería en los estantes más altos de la trastienda y se ha caído de la escalera. Y el bueno de don Andrés lo ha llevado al hospital, eso es lo que ha pasado.

—¿Es que se ha roto la cabeza ese ángel de Dios...?

—Le ha salido bastante sangre, por eso don Andrés ha querido que lo viera un médico.

—Ay, Virgen Santa, que no sea nada, por favor...

—Anda, te ayudaré con los buñuelos y con alguna cosilla más y después me iré otra vez al almacén a ver si mi Joaquín ya ha regresado del hospital, que me muero si le pasa algo...

—Hija, por Dios, ni lo digas. Mira, si la Juana estuviera aquí, ya mismo te mandaba de vuelta al almacén, pero... ¿Te has enterado...?

—Me lo ha contado Pilar, apenas he puesto un pie en la casa.

Para asombro de Rosario, Felisa no agregó una sola palabra y, sin que ella le diera ninguna orden, puso un gran

bol sobre la mesa y empezó a medir con una taza la harina para los buñuelos.

16. Otra vez al almacén

Era la segunda vez en el día que Felisa acudía al encuentro de Joaquín; la segunda en un día en el que, de no haber sido por su ingenio, no le habría correspondido ni siquiera poner un pie en el umbral del almacén. Si bien ella estaba dispuesta a volar hacia allí con cualquier pretexto, Rosario administraba avaramente esas visitas porque necesitaba a Felisa en la cocina ya que, después de todo, para eso la habían tomado, para que se desempeñase como segunda cocinera y ayudara, cuando hiciera falta, en las tareas generales de la casa. Además, Rosario estaba convencida de que con ir al almacén a llevar la nota del pedido dos veces por semana, aguardar a que Joaquín preparase la canasta, volver luego con él, a quien Felisa hacía sentarse en la cocina para darle a la charla al menos media hora, tenía ya para darse por contenta. Eso, sin contar los paseos del domingo, que era su día libre, y sin contar, también, las innumerables ocasiones en que debía correr al almacén en busca de algo cuya falta se descubría a último momento. Según Rosario, Felisa y su novio se veían más de lo debido. Claro que no era eso lo que pensaba Felisa, de ahí que se las arreglara para ver a Joaquín casi a diario. Pero esta vez, sus hábiles recursos tenían otras motivaciones: no se trataba de Joaquín, sino de Juana.

Al llegar a la segunda esquina, Felisa se detuvo al paso de un cortejo fúnebre. El andar de los caballos —cloc, cloc, cloc— era lento y pomposo; sus patas delanteras, flexionadas con la sincronía que imponía la marcha, seguían un ritmo único al que respondía cada uno de los animales como los músicos al

director de orquesta. Los golpes de los cascos en los adoquines sonaban más potentes. Felisa se quedó parada junto a un árbol, mordisqueando el pan que llevaba en el delantal, atenta al cortejo. La carroza, con su alta cruz en el techo, le hizo acordar a la torre de una iglesia. Las coronas de flores blancas y amarillas marcaban el único contraste contra el negro predominante del cortejo. Negros los caballos y la carroza; negros los sombreros y ropajes de los cocheros; negra, también, la vestimenta de las personas que viajaban en los coches, detrás de la carroza. La imagen de su abuela, a quien siempre conoció de luto, acudió a su memoria, pero Felisa la apartó enseguida: no quería mezclar a su abuela con la estampa funeraria que tenía ante sí. Su abuela, muerta hacía tiempo, era pura vida en su recuerdo. El cortejo siguió su marcha rumbo al cementerio y Felisa cruzó la calle; guardó en el bolsillo el trozo de pan que le quedaba y corrió hasta el almacén.

—¿Por qué corres, mujer? Anda, que no me escaparé — dijo Joaquín, que en ese momento se encontraba barriendo la vereda.

—Eso lo tengo claro, vida mía, pero, vamos, que si no madrugas, no te ayuda Dios. Y ni hace falta que lo diga, hombre, que ya lo sabes.

—Y tú ya sabes que no por mucho madrugar... Ay, mujer, pues tendremos que esperar. El Vasco vendrá, me lo ha prometido, pero antes debe terminar con el reparto.

—¿Y cuándo termina?

—Me ha dicho que después de las seis...

—Pero, Joaquín, llegaremos ya casi de noche...

—Sí, lo he pensado, pero no hay otra solución. El Vasco es la única persona que puede prestarme un carro, no solo porque lo tiene sino porque es un gran amigo y haría cualquier cosa que le pidiera. También ha dicho que apurará el reparto y tratará de llegar antes.

—Dios lo oiga, que si no, no sé cómo encontraremos la casa.

—¿No te ha dado ningún otro dato la Juana?

—Ella solo me ha dicho que todos la conocen como la Casa de la Serpiente, y que queda cerca del cementerio, en el barrio de la Recoleta.

—Pues sí que estamos bien. Como no salga la serpiente a buscarnos a la calle...

—Que no hay, hombre. Fue lo primero que quise saber, si había víboras en la casa. La Juana me ha dicho que no.

—Pues algo habrá que tenga que ver con ellas, si no, ¿por qué iban a llamar así a la casa?

—No lo sé, pero no importa, igual la encontraremos. Preguntaremos a la gente de por allí, ya verás qué fácil resulta todo.

—Hay otra cosa que me preocupa, Felisa, y eres tú. ¿Le has dicho la verdad a Rosario para que te dejara salir?

—Que no, hombre. Qué verdad ni qué ocho cuartos. ¿Para qué habría de decírsela, si no me la iba a creer?

—Pero entonces... ¿Cómo es que te ha dejado salir de la casa?

—Ha sido fácil, le he dicho que te has caído de la escalera y te has roto la cabeza, y que el bueno de don Andrés ha tenido que llevarte al hospital. Hubieras visto la cara de preocupación que puso.

—Felisa, mira que la mentira tiene patas cortas. ..

—Pero sabe correr, hombre, no te preocupes, anda, déjame a mí.

17. Dos en un carro

Cuando el Vasco llegó al almacén con su carro de lechero, ya habían pasado varios minutos de las seis de la tarde.

—Pues ya sabes, Joaquín, cuando estés de regreso, me llevas el carro a la lechería. No importa la hora. Quiero desenganchar al moro para que descanse. Mañana saldré con el alazán.

—Gracias, Enrique. Quédate tranquilo. En unas horas te lo devolveré.

Después de agradecer a su amigo, Joaquín ayudó a Felisa a subir al carro. El camino hasta la Iglesia del Pilar, que en tiempos lejanos había sido el Convento de los Recoletos —de ahí el nombre del barrio— lo conocía muy bien, ya que en más de una oportunidad había acompañado a su padrino para entregar a los curas unos vinos franceses y otras mercaderías que solían comprarle. No era nada complicado, solo debían salir de la ciudad y tomar la Calle Larga, que los conducía directamente hasta la iglesia, junto a la cual se encontraba el cementerio. Una vez allí, preguntarían dónde quedaba la Casa de la Serpiente que, según Joaquín imaginaba, no sería más que una de las tantas quintas que abundaban en el barrio.

—¿Qué le has dicho a tu padrino, Joaquín?

—La verdad, mujer, la verdad; ya sabes que no me gusta mentir.

—Ay, Joaquín, cualquiera que te oyera pensaría que a mí sí me gusta. Y no es así, hombre. Lo que sucede es que a

veces una mentirilla se hace necesaria.

—Pues no en este caso, Felisa, que ya conoces tú a mi padrino. “Anda”, me dijo, “trae a esa pobre niña de regreso, que vaya a saber qué quieren hacer con ella”.

—¡Por Dios! ¿Qué piensa tu padrino que harán con la Juana?

—No me lo ha dicho, pero nada bueno será, eso te lo aseguro.

—Que me asustas, Joaquín.

Felisa sacó el pan del bolsillo y comenzó a mordisquearlo, tratando de no pensar en Juana. Ella también presentía algo malo, aunque no se atrevía a indagar en sus propios pensamientos. No entendía por qué desde esa mañana, al despertarse y ver la cama de Juana vacía, algo le mordía el estómago, algo como un mal agüero que vino a confirmar la señora Catalina con su visita a la casa y el anuncio de la huida de Juana. Pero no quería pensar. Se concentró en el cloc, cloc de los cascos del caballo sobre los adoquines y en la masa cálida y húmeda del pan deshecho en su boca. Cloc, cloc, cloc. Entonces recordó el cortejo fúnebre que había visto pasar cuando iba al almacén, ¿acaso sería otro mal agüero?, se preguntó. Miró los árboles de la calle y vio sus sombras largas sobre las veredas. A su izquierda, un horizonte de techos teñidos de rojo era todo lo que quedaba del sol poniente. Después de tragar el último trozo de pan, una imagen dolorosa del pasado acudió a su mente, pero enseguida la rechazó. Vamos, Felisa, se dijo, estás despierta, no traigas tus malos sueños a la vigilia. De golpe, se dio cuenta de que ya no oía el cloc, cloc de los cascos. Fijó la vista en el camino y no vio los adoquines; ahora la calle era de tierra y las pisadas del caballo le llegaban sordas, como perdidas.

18. Preguntando se llega a Roma

Soplaba algo de viento y hacía frío. Dentro de poco sería noche cerrada. Una luna menguante se dibujaba apenas luminosa en el cielo oscurecido. Felisa se arrebujó en su manta de lana y se acercó más a Joaquín. Se preguntó, por primera vez desde que se le había ocurrido la idea de buscar a Juana, si realmente llegarían a encontrarla. De repente recordó la vincha de su madre y, metiendo la mano en uno de los bolsillos del delantal, la apretó con fuerza a la vez que se concentraba en el rostro dulce y duro de Juana, en sus ojos oscuros, tristes, suspicaces, en su sonrisa esquiva y franca al mismo tiempo. Sin proponérselo, la cara de Juana se le borró de golpe y, en su lugar, apareció la de la señora Catalina, los ojos risueños, pero de mirada falsa, la boca de dientes apretados, los labios finos, y también oyó su voz chillona: “¡Ay, doña Mercedes...! No sabe lo que pasó...”. Y enseguida, porque sí, sin quererlo, la cara de su madrastra quitó de en medio a la otra y se hizo dueña de todo el espacio de su imaginación. También los dientes apretados y los labios finos, también los ojos mentirosos y traicioneros, también la voz engañosamente melosa de aquella noche: “Anda, niña, que don Gaspar te espera. Ve, criatura...”. Felisa sacudió la cabeza, como intentando apartar esa imagen y esa voz que se le presentaban así, sin que ella las convocara, se irguió en el pescante y trató de concentrarse en lo que veía a su alrededor.

—Llegamos a la iglesia —dijo Joaquín entonces, mientras aflojaba las riendas—. Mira, allí está el cementerio.

—Sí, lo veo, lo veo, pero no me gusta, ya lo sabes.

—No se parece en nada al cementerio de nuestro pueblo. Mira esos ángeles de piedra, Felisa, qué grandes son...

—Que no me gusta, te he dicho, anda, apura, no te detengas, mira qué oscuro está.

—Está bien, no me detengo, pero dime tú adonde vamos, que yo no lo sé.

—Cuando la Juana me contó de aquella vez que fue a la Casa de la Serpiente, dijo que habían pasado frente al cementerio, que siguieron unas cuadras más, que luego doblaron por una calle y ahí nomás estaba la casa.

—Pues con esas indicaciones no iremos a ninguna parte. El cementerio acabamos de pasarlo. Ahora dime cuántas cuadras haremos antes de doblar. Y luego, ¿hacia dónde doblaremos...? ¿A la izquierda o a la derecha...?

—Ay, hombre, que no sé... Tendremos que probar, qué quieres que te diga.

En eso estaban, cuando advirtieron que por una de las aceras se acercaba una mujer; caminaba lentamente, apoyándose en un bastón. Iba muy encorvada y vestía de negro; llevaba la cabeza cubierta con un manto. Con la mano que le quedaba libre, apretaba algo contra su pecho.

—Buenas noches, señora —dijo Joaquín, cuando la mujer estuvo más cerca—. Quisiera hacerle una pregunta.

La mujer se detuvo y, después de levantar muy lentamente la cabeza, se quedó mirándolo a los ojos. Felisa notó que lo que llevaba contra su pecho era un ramo que no pudo identificar; no eran flores, estaba segura; solo alcanzó a distinguir un conjunto de hojas oscuras y largas espinas. La mujer no dijo nada, se quedó inmóvil con los ojos clavados en Joaquín.

—Estamos buscando la Casa de la Serpiente —dijo él—. ¿Podría indicarnos el camino?

La mujer avanzó unos pasos hacia el carro y miró a Felisa como si la acabara de descubrir.

—La serpiente... —dijo, con una voz profunda, ronca, seca.

Felisa advirtió que el ramo, que no tenía hojas, como le había parecido, sino solo largas y puntiagudas espinas, la mujer lo sostenía apretándolo fuertemente con su mano enguantada.

—El pan de la serpiente... —dijo ahora, mirando a Felisa a los ojos.

—No, señora —dijo Joaquín—, el pan, no. La Casa de la Serpiente es lo que estamos buscando.

—El lobo y el cordero pacerán juntos —recitó la mujer, levantando bastante el tono de voz y sin apartar la mirada de Felisa —, tanto el buey como el león se alimentarán de paja, el pan de la serpiente será el polvo, y ninguno de ellos causará algún mal ni harán daño en mi monte santo. Palabra del Señor.

No habló más. La mujer agachó nuevamente la cabeza y prosiguió su marcha lenta en dirección al cementerio.

Felisa se persignó y estrechó la manta sobre su cuerpo. Estaba temblando.

—Santa Madre de Dios, ¿qué ha dicho esa mujer? Me ha dado miedo... Y cómo me miraba... ¿Te has fijado?

—Es una pobre anciana que desvaría. No tienes de qué asustarte. Mira, en aquella esquina se ha detenido un coche. Le preguntaremos al cochero si conoce la Casa de la Serpiente.

El cochero sabía, pero no demasiado. Les dijo que siguieran dos cuadras más, que doblaran a la izquierda y luego, no recordaba si en la primera, la segunda o la tercera cuadra, buscaran un pórtico de piedra con una serpiente tallada en la parte superior.

—No se pueden confundir —dijo—. Es la única casa que tiene una víbora en la puerta.

19. La víbora en la puerta

Una vez que dejaron la calle del cementerio y doblaron a la izquierda, Joaquín aflojó las riendas y comenzó un paseo lento con el carro, mirando él y Felisa a ambos lados, en busca de un pórtico de piedra. Ya era noche cerrada y la luz, escasa; aparte de un pobre farol en alguna esquina, la única iluminación era la que provenía del interior de las viviendas y llegaba, en forma de mínimo haz o resplandor, hasta las veredas, luego de atravesar los espesos jardines.

Después de haber recorrido tres cuadras sin avistar ni el portal de piedra ni la serpiente, Felisa distinguió, en la mitad de la cuarta, una puerta de reja coronada por un arco y flanqueada por dos columnas de piedra. Delante del portal había un coche.

—¡Ahí! —señaló, extendiendo el brazo.

Joaquín pasó junto al coche, que estaba vacío, y detuvo el carro un poco más adelante. Los dos se quedaron en silencio unos segundos, mientras contemplaban una larga y ondulante serpiente tallada en relieve sobre la piedra del arco.

—Hemos llegado —dijo Felisa.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Joaquín—. ¿Llamamos a la puerta, preguntamos por la Juana y decimos que hemos venido a buscarla?

—Pues claro, así nos responden que se ha escapado con un hombre y que no saben dónde está. Anda, Joaquín, que no estoy para burlas.

—¿Burlas? Si es la verdad, ¿no la estamos buscando, acaso? Además, si no decimos eso, ¿qué diremos?

—Nada. No diremos nada.

—¿Y entonces a qué hemos venido... ?

No llegó Felisa a responder la pregunta porque, en el instante en que iba a hacerlo, la exigua luz que desde la casa llegaba hasta el portal creció de golpe, no demasiado, pero sí lo suficiente como para no dejar dudas de que alguien había abierto la puerta y se disponía a salir. Sin abrir la boca, Joaquín agitó las riendas, y el caballo, dócil por la costumbre, se puso en marcha de inmediato.

—Yo bajaré e iré a espiar, tú da la vuelta y vuelve —dijo Felisa, antes de llegar a la esquina.

—¿Estás loca, mujer? Tú no irás a ningún lado.

—Confía en mí. Me esconderé detrás de un árbol. Quiero ver quién sale de la casa.

—No. Iré yo. Tú quédate aquí.

Cuando Joaquín terminó su frase, Felisa ya se había bajado del carro.

—Da una vuelta y regresa a buscarme —dijo, mientras corría hacia el portal de piedra para ocultarse detrás del grueso tronco de un plátano.

Instantes después, la puerta de reja se abrió, dando paso a un hombre y a una mujer.

—Y bien, ya la ha visto. ¿Qué me dice, entonces? —dijo la señora Catalina.

—Es joven y está en buenas condiciones. La llevaremos a la frontera.

—¿Cuánto...?

—Lo de siempre. Ya lo hablamos con su esposo en otras oportunidades. Si quieren más, tendrán que conseguirnos carne blanca.

—¿Cuándo vienen a buscarla?

—A medianoche. Me la preparan bien, por favor. No quiero escenas ni gritos.

—No se preocupe. Mi marido está por llegar y sabe muy bien lo que debe hacer.

El extraño subió al coche y partió; Felisa se pegó más al árbol y giró un poco para que no la viera. “Mi marido está por llegar...”, dijo para sí, moviendo los labios, sin dejar de mirar a la señora Catalina, que ya había dado la vuelta para regresar a la casa. “Sabe muy bien lo que debe hacer...”, volvió a murmurar, aterrorizada. Sin pensar en otra cosa que no fuera rescatar a Juana, dejó el escondite del árbol y caminó hasta la puerta de reja. A la débil luz proveniente de la casa, vio entrar a la señora Catalina y cerrar la puerta a su espalda. Sin dudar, sin pensar, resuelta, llevada por una furia sorda que le hacía apretar los dientes y los puños, Felisa abrió la puerta de reja y atravesó el jardín. A la derecha del porche se encontraba la galería de la que le había hablado Juana; siguió por allí, ya que entrar por la puerta principal, siguiendo a la señora, le pareció demasiado arriesgado.

La galería era larga y oscura, a la izquierda se veían varias puertas cerradas, pero la última estaba abierta y dejaba salir algo de luz. La cocina, pensó Felisa, y recordó la escena que le había relatado Juana, de la chica revolviendo en una olla y el señor apretándola por detrás. Caminó pegada a la pared y se asomó a la cocina: la llama de una vela temblaba ligeramente sobre la mesa. No había nadie.

20. Ni el ladrido de un perro

De sobra conocía Joaquín a Felisa. Nadie más testarudo que ella, nadie más impulsivo. Dio vuelta la esquina y se bajó del carro, dispuesto a volver a la casa y convencerla, como fuera, de que lo mejor iba a ser llamar a la puerta y preguntar directamente por Juana. Mientras ataba las riendas a un árbol, vio pasar el coche que habían visto frente a la Casa de la Serpiente. Apenas distinguió al hombre que lo conducía: una sombra, más que una figura, el ala de un sombrero que ocultaba un rostro, una capa negra, nada.

Joaquín se apuró hacia la esquina: pensaba que Felisa lo estaría esperando detrás de alguno de los árboles de la vereda. Caminó hacia la casa, pero no la vio. Maldijo para sí, temeroso, y presintió algo muy feo por primera vez desde que salieron a buscar a Juana. Aunque su padrino había logrado inquietarlo con su comentario acerca de lo que podría sucederle a la muchacha si no la encontraban, no había sido suficiente para alarmarlo de verdad; había pensado que su padrino exageraba, como solía hacer la gente mayor. Pero ahora no estaba tan seguro. Además había algo que lo estaba molestando y de lo que recién acababa de tomar conciencia, algo que había olvidado desde que se había instalado en Buenos Aires: el silencio. Un silencio abarcador, profuso, que lo envolvía todo como una cáscara seca, dura, negra, impenetrable. El silencio de las noches de su pueblo, esas noches frías y quietas en que ni siquiera los perros se dejan oír. Noches de muerto, dice la gente. Como aquella en que Felisa cayó inconsciente ante las puertas del cementerio,

cubierta de tierra y sangre, su ropa desgarrada, rota la pierna, y nadie, nada por allí, ni murmullos ni aleteos, ni roces del viento siquiera, nada, solo la costra del silencio callándolo todo, hasta que al fin su padre la encontró y la llevó de regreso a casa. Noche de muerto. Noche de la que Felisa le habló una sola vez y nunca más. Una vez, y fue suficiente.

Y ahora esa noche, hecha de las palabras con que Felisa la relató aquella única vez, volvía a Joaquín a través del recuerdo. Volvía como un mal augurio, y era el silencio el que la traía.

21. La ventana redonda

Al final de la galería, más allá del patio que la continuaba, se veía, en lo alto, una pequeña ventana redonda, apenas iluminada. Tenía que ser esa la habitación en la que Juana había dormido un año atrás. Una habitación pequeña, al fondo, había dicho, y se subía por una escalera angosta, de fierro, y la señora le había dado una vela, con la recomendación de que la apagara apenas se hubiera acostado. ¿Estaría Juana, ahora, a punto de acostarse y por eso la luz de la vela iluminaba aún la ventana?

Felisa cruzó el patio en sombras, guiada por el faro de la ventana. Su pie sobre el primer escalón provocó un chirrido oxidado que le cortó de un solo golpe el impulso que la llevaba hacia arriba. Respiró largo, hinchó el pecho de aire y lo exhaló en un suspiro prolongado. Se encomendó a la Virgen del Socorro y apoyó el otro pie en el segundo escalón. Nada. Siguió del mismo modo, con cautela y con la Virgen. Algún chirrido volvió a surgir bajo sus pies, sí, pero sordo, opacado por su tino, leve, en fin, tanto que Felisa pudo seguir respirando a un ritmo normal hasta pisar el último escalón. Luego se presentó la puerta. Una puerta cerrada, apenas iluminada la claraboya por la luz tembleque de la vela. Felisa dirigió una mano cauta hacia el picaporte, demasiado cauta. ¿Por qué tanto cuidado?, se preguntó, como se pregunta uno a veces ciertas cosas, o sea, sin saber que se está formulando una pregunta. ¿Por qué tanta prudencia si la puerta estaba ahí, y la mano aferrando el picaporte...? ¿Qué sentido tenía esperar? ¿Esperar qué? ¿Por qué no la abría con el mismo impulso ciego que la había empujado a pisar el primer

escalón? Tal vez por eso, por el chirrido oxidado que la obligó a desacelerarse, ahora Felisa veía menguado ese impulso y se detenía un segundo, quizás menos, ante la puerta. O no, tal vez fuera otra cosa lo que la detuvo esa mínima fracción de tiempo, tal vez fuera el silencio que se colaba a través de la puerta. Porque la puerta estaba muda. La habitación, del otro lado, gritaba su silencio. Si Juana no está ahí, no está en ningún lugar, se dijo Felisa, mientras bajaba el picaporte de un solo movimiento, exacto y furioso.

22. Del otro lado de la puerta

La llama de la vela, apenas mecida por el aire que pasaba a través de la claraboya, se agitó, rabiosa, al abrirse la puerta.

—Juana... —fue todo lo que dijo Felisa, antes de arrodillarse en el piso, junto al catre en el que yacía su amiga.

Solo vestida con una enagua, los tobillos y los puños atados con sogas, una mordaza cubriéndole media cara, Juana oyó su nombre pronunciado por Felisa y comenzó a agitarse, presa de un llanto mudo que anidaba en su interior y quería salir, como fuera, como pudiera, de cualquier modo, pero salir.

Lo primero que hizo Felisa fue quitarle la mordaza y abrazarla. Luego le preguntó qué le había pasado, pero Juana no pudo contestar; había comenzado a llorar con lágrimas, quejidos, hipos y ahogos. Felisa no perdió tiempo con preguntas y trató de desanudar las sogas, pero no lo consiguió. Miró a su alrededor, buscando algo que pudiera servirle para cortarlas y descubrió un costurero de mimbre sobre una mesita, en un rincón, en la que también se veían algunas prendas, seguramente para zurcir. Se abalanzó sobre el costurero y volvió junto al catre con una tijera. Juana parecía que se ahogaba con el llanto. Felisa consiguió cortar las sogas de las manos y empezó con las de los tobillos; sus movimientos eran rápidos y certeros. De repente, Felisa advirtió que Juana ya no se agitaba por el llanto, sino que, al contrario, se había quedado quieta, rígida, más bien, en posición de alerta, si hasta pudo oler el miedo brotando por los poros de su piel...

Sin soltar la tijera, Felisa se dio vuelta y de un salto esquivó el golpe que la dueña de casa le habría asestado en la cabeza con un bastón, si la reacción de Juana no la hubiera advertido. Al ver la tijera, la mujer se inmovilizó con el bastón en alto.

—Si no soltás esa tijera, desgraciada, te voy a moler a palos...

Fue la voz de su madrastra la que llegó hasta sus oídos dando cuerpo y sentido a las palabras de la mujer. Eran los labios secos de su madrastra los que se movían lentos al pronunciar la frase y dejaban entrever los dientes finos y parejos, la punta de la lengua temblando, asomándose como la de una víbora. Felisa la miró a los ojos para convencerse de que no era ella, sino otra, igual de perversa, pero otra. La mujer alzó más el bastón y volvió a amenazarla.

—Te dije que soltaras la tijera, gallega bruta, ¿quieres que te golpee?

Felisa apretó los dientes y se abalanzó sobre la mujer que, previendo su movimiento, se corrió a un costado y le asestó un golpe en el hombro que le hizo soltar la tijera. Felisa gritó e intentó levantarse, pero la mujer se lo impidió alzando otra vez el bastón.

—No sé cómo llegaste hasta acá, pero me alegro de verte, galleguita, ahora las ganancias van a ser dobles. Esperá que venga mi marido y vas a ver...

Pero no terminó la frase, porque en ese momento, Juana, que había logrado desprenderse de las sogas que sujetaban sus tobillos, se arrojó sobre ella con todo su cuerpo dolorido como única arma. Su cuerpo y un grito de rabia, profundo y oscuro como sus ojos. La mujer, desprevenida, se tambaleó hacia atrás y, al intentar sostenerse, soltó el bastón. Felisa se incorporó de un salto y, en un acuerdo sin palabras, se unió a su amiga y entre las dos la empujaron. La mujer cayó por la escalera, mientras las chicas se ayudaban una a la otra para no caer ellas también.

23. Morderás el polvo

La mujer no se movía. Había caído boca abajo sobre el piso de ladrillos, con la cabeza extrañamente ladeada, como si se hubiera roto el cuello. Un hilo de sangre le bajaba desde el pelo, cruzaba la mejilla y teñía de púrpura violento el voladito de encaje blanco que ceñía su garganta.

Aferradas a la baranda, las dos chicas bajaron los escalones uno a uno, sin decir una sola palabra. Empuñando la tijera, Felisa iba delante.

—Está muerta, gallega —dijo Juana, antes de llegar al último escalón—. Podés soltar la tijera.

—¿Estás segura... ?

—Mirale los ojos —dijo, de rodillas junto a la mujer—. No ves que los tiene perdidos...

Felisa se agachó y comprobó que la mujer no respiraba. Se quedó inmóvil unos segundos, como hipnotizada ante la sangre que manaba de su cabeza, empapaba el vestido y oscurecía el piso de ladrillos. Temblando, de repente, Felisa se incorporó y aflojó la presión de sus dedos sobre la tijera, que cayó al suelo con un ruido duro y seco que se mezcló con otro, poderoso en la inercia de la noche, que llegaba desde el frente de la casa: el golpe de una puerta al cerrarse e inmediatamente, sin pausa, sin respiro, sin posibilidad de reacción alguna que no resultara más que tardía, una voz.

—¡Catalina! ¿Dónde estás...?

Como impelidas por un acto reflejo, Juana y Felisa se

tomaron de la mano.

—Por allá —dijo Juana, señalando el costado de la casa opuesto a la galería.

Corrieron sin soltarse. De ese lado, un huerto de árboles frutales ocupaba todo el terreno, hasta llegar al alambrado que lo separaba de la casa vecina. Mientras corrían hacia el portal de piedra, advirtieron que un coche estaba parado frente a la casa, y el cochero sentado en el pescante.

—No tiene que vernos nadie —dijo Felisa—. Hay que escapar por otro lado.

—Esa es la única puerta —dijo Juana.

Un grito lacerante llegó desde el fondo de la casa. Siguiendo un mismo impulso, las dos se lanzaron hacia el arco de piedra, pero justo en ese momento, el cochero saltó de lo alto del pescante y corrió hacia el portal. Juana y Felisa se detuvieron en seco, aterrorizadas. Alguien se abalanzó sobre ellas desde atrás, les tapó la boca con ambos brazos, arrojándolas al suelo, y las arrastró hasta una pila de troncos, mientras, a escasos centímetros, el cochero pasaba corriendo en dirección a la casa.

Desde el mismo instante en que el grito que pujaba por salir de su boca fue acallado, Felisa supo que era el brazo de Joaquín el que había conseguido sofocarlo. Lo supo de una vez, como un golpe, como el alivio de un viento frío y repentino en la cara un día sofocante de verano, lo supo y bendijo su nombre, y le agradeció a la Virgen por tenerlo siempre cerca y lloró, y también estiró apenas los labios en una sonrisa apretada y dolorida.

Una vez que el cochero se alejó corriendo hacia el fondo, Joaquín aflojó la presión de su cuerpo contra las dos muchachas y murmuró: “Soy yo, no tengan miedo”. Y eso fue suficiente para que Juana, que no tenía motivo para reconocer a ciegas la presencia de Joaquín, dejara de temblar.

—El carro está aquí a la vuelta. Tenemos que correr. Vamos —dijo Joaquín, tomando a cada una de un brazo.

Ninguna dijo nada, solo corrieron. Pasaron los tres bajo el arco de

la serpiente, doblaron en la esquina y subieron al carro como si en eso les fuera la vida; y les iba, les iba.

24. Cloc, cloc, cloc

Apenas subieron al carro, Felisa dejó manar un torrente de palabras entrecortadas y en desorden, que Joaquín no interrumpió en ningún momento. Felisa contó todo lo que había sucedido desde que se bajó del carro y vio a la mujer y al hombre hablando en el portal de la serpiente; todo, hasta el instante en que ella y Juana oyeron la voz del marido llamando a su esposa y comprendieron que debían huir. Con la mirada fija en el caballo y en el camino, Joaquín la dejó hablar. Juana no dijo nada; apoyada su cabeza en el hombro de Felisa, que con un brazo la rodeaba por la espalda, cada tanto suspiraba o se estremecía con un gemido tímido, quedo.

Después del desborde de palabras, Felisa apretó los labios y perdió la mirada en algún punto, a lo lejos, y así siguió un largo trecho, hasta que volvió a escuchar el cloc, cloc, cloc de los cascos del caballo sobre los adoquines. Entonces se irguió, sacudió la cabeza y con una mano trató de arreglarse el pelo.

—Ajústate la manta, Juana, estás temblando —dijo, ayudando a su amiga, que no llevaba puesta otra prenda que la enagua con que la había encontrado, a envolverse un poco más en la vieja manta que habían quitado del pescante.

—¿Qué vamos a hacer, ahora...? —dijo entonces Juana, en respuesta a los cuidados de Felisa.

—Lo he estado pensando desde que salimos de esa maldita casa —se adelantó Joaquín.

—Anda, dinos qué haremos —rogó Felisa.

Cloc, cloc, cloc. La luna menguante ya estaba alta; unos nubarrones la ocultaban cada tanto. Hacía frío.

—Juana, no puedes volver a la casa de doña Mercedes.

—¿Por qué no? Siempre he vivido con la señora...

—Ya no podrás, mujer.

—Tiene razón Joaquín. Es que la señora Ca..., bueno, la finada doña Catalina, que el Señor jamás tenga en su Gloria, ha ido esta tarde a la casa a decirle a doña Mercedes que tú te habías escapado con un hombre. Anda, que por eso hemos ido a buscarte, que no ibas a escaparte tú con nadie, mujer, y además... Iba a repetirse la historia que me has contado de la pobre chiquilla, ¿te das cuenta?

—Iban a venderme... Me lo dijo ella... Me iban a mandar a la frontera a...

—Lo sé, Juana, lo sé. Yo misma la he oído hablar bajo el arco de la serpiente con ese hombre, el que dijo que volvería a buscarte más tarde, cuando el señor estuviera en la casa.

Juana sollozó, con la cabeza baja, y Felisa recordó algo. Metió la mano en uno de los bolsillos de su delantal y puso algo entre los dedos de Juana.

—La vincha...

—Sí, dijiste que nunca te separabas de ella, por eso la he traído.

Cloc, cloc, cloc. Ni una sola estrella. Tal vez llovería, después de todo.

—Sabes, Juana —dijo Joaquín, pensativo—, a ti te conviene ese cuento de que te has escapado de la Casa de la Serpiente.

—¿Cómo que me conviene?

—Claro, si te has escapado este mediodía, como le ha dicho esa mujer a doña Mercedes, pues, vamos, que no has podido estar allí esta noche y nada has tenido que ver con su muerte. ¿Lo entiendes? En cuanto a Felisa y a mí, nadie nos ha visto allí, así que...

—Pues tienes razón, hombre, entonces no hay de qué preocuparse...

—Espera, mujer, no te apures. Debemos ser prudentes. Se me ha ocurrido algo...

Cloc, cloc, cloc. Las dos lo miraron, esperanzadas. Ninguna abrió la boca mientras Joaquín les explicaba lo que había estado pensando durante el viaje.

Cloc, cloc, cloc...

La luna se ocultó del todo. El viento traía olor a tierra.

25. ¿Tenéis idea de lo que es un hospital?

Joaquín detuvo el carro a dos cuadras de la casa de doña Mercedes. El cielo estaba negro del todo, ni luna ni nada, solo nubes de tormenta.

—Ya sabes, Juana, haz lo que Joaquín te diga, que él nunca se equivoca.

—Anda ya, Felisa, que es tarde y no sea que a la Rosario se le ocurra salir a buscarte.

—Que no, hombre; esa no se mueve de la casa apenas se oculta el sol, con lo temerosa que es.

—Si no fuera por vos, gallega...

—Nada, a callar. Ya tendremos tiempo para hablar después de esta noche, Juana. Idos de una vez.

Cloc, cloc, cloc. Felisa se quedó mirando cómo se alejaba el carro, luego enderezó las peinetas que recogían su pelo, se sacudió la tierra del delantal, se acomodó la manta de lana sobre los hombros y se encaminó hacia la casa.

En la cocina, sentadas a la mesa, Rosario y Pilar cenaban.

—¡Madre de Dios! ¿Qué ha pasado, niña? Mira qué horas y tú recién llegas, que ya estaba yo por salir a buscarte, ¿no es cierto, Pilar? Si de eso hablábamos. ..

—¡Ay...! Santa Teresa me asista, no sabéis las que he pasado... ¿Tenéis idea de lo que es un hospital? Qué lugar tan feo, tan lleno de enfermos y heridos, y llantos y lamentos... Me he pasado allí la tarde entera, acongojada mi alma como

jamás en la vida...

—Anda, Felisa, no exageres, dinos cómo está Joaquín —la apuró Rosario—. Mientras tú hablas, te serviré un plato de sopa, que tienes una cara, hija mía, como si vinieras de la guerra.

—Gracias, mujer, que me muero de hambre. No he comido más que el pan que llevaba en el delantal, y de eso ha pasado ya mucho tiempo.

—¿Y qué te has hecho en la ropa? Mírate, ni que te hubieras arrastrado por el suelo.

—Me caí en la calle cuando venía para aquí. He corrido como una loca. No quería que os preocuparais.

—Eres atolondrada, Felisa. Pero ahora cuéntanos de Joaquín, ¿cómo está?

—Mejor, el pobrecillo. Le han vendado la cabeza y lo han mandado a casa. Deberá hacer reposo, así que mañana no podrá traer el pedido. Seguramente lo traerá don Andrés.

—Pero claro, hija, quién piensa en el pedido, primero la salud de Joaquín...

—¿Y qué le han hecho en el hospital? —preguntó Pilar.

—Pues le han cosido la cabeza. Todavía oigo sus gritos...

—¿Has visto cómo lo hacían?

—No, solo lo he oído gritar. El resto me lo he imaginado.

Esa noche no paró de llover. Con truenos y relámpagos, con rabia. El olor de la tierra mojada le refrescó el alma a Felisa. Al revés de lo que había imaginado al acostarse, durmió de un tirón hasta que la primera claridad del día se metió por la claraboya. Era la primera vez que se despertaba sin recordar lo que había soñado. Se sintió extraña. Miró la cama vacía junto a la suya, pensó en Juana y sonrió. Juana iba a estar bien, lo sabía.

26. Dos semanas después

—¡Felisaaa...! —llamó Rosario desde la cocina.

—Qué tanto gritar, mujer, aquí estoy.

—Deja de espiar a las visitas, que te he visto en el comedor. Ve al cuartito del planchado; te he dejado unas prendas para zurcir. Vete ya, anda.

Felisa entró al cuartito, contó hasta diez, se asomó y, al no ver moros en la costa —mora, al menos— volvió a salir y, ocultándose entre los macetones del patio, llegó al comedor; una vez allí, corrió a esconderse en el rincón de siempre, desde donde podía ver y oír a sus anchas a las dos señoras que charlaban en el salón con la dueña de casa.

—La muerte de esa desdichada me ha llegado al alma, doña Mercedes —decía en ese momento una de las mujeres, que llevaba un sombrerito gris, tipo casquete, con una pluma negra a un costado—, mire que morirse tan joven.

—Y de qué manera, querida, de qué manera... —dijo doña Mercedes en un suspiro.

—Eso no lo puedo entender —dijo la otra mujer, tan encorsetada, que cada dos palabras que pronunciaba debía respirar en profundidad para que a sus pobres pulmones oprimidos les llegara algo de aire—, ¿qué tenía que hacer una señora como ella en el cuarto de la criada?

—Según dijo el marido —habló la del casquete con pluma —, la pobre Catalina había subido a buscar una tijera.

—Él mismo encontró la tijera tirada junto a su esposa — agregó doña Mercedes—, y declaró a la policía que esa tijera había estado siempre en el costurero del cuarto de la criada.

—Sigo sin entender para qué subió —insistió la tan encorsetada—. ¿Qué tenía que hacer con la tijera? ¿No podía esperar a que llegara la sirvienta?

—La pobre Catalina, que en paz descanse, y su esposo habían estado aquí, en casa, unos días, como hacían todos los años al regresar de la estancia con Miguelito, y aún no habían encontrado criada a su gusto —explicó doña Mercedes—. Ya sabe, querida, lo difícil que es encontrar una como la gente. Por eso les presté a la Juana, para que ordenara un poco la casa hasta que consiguieran una, pero esta malagradecida no llegó a estar ni un día, que tuvo que escaparse con un malviviente...

—¿Está hablando de la chinita esa que se trajo del campo, doña Mercedes? —preguntó de un tirón la del corsé, y se quedó sin aire.

—Así es. La misma que se crió en la estancia y conoció la decencia gracias a nosotros.

—Todos sabemos lo que es esa lacra, doña Mercedes. Usted ha sido demasiado buena; ya ve cómo le han pagado — concluyó la del casquete—. Si busca otra sirvienta, le aconsejo que piense en las europeas. Conseguí una francesa, recién llegada, que no sabe los primores que hace con la aguja. Y cómo plancha. Ya le encomendé la ropa de toda la casa.

—O sea que cuando subió por la tijera —empezó, prudente, la tan encorsetada, y respiró—, la pobre Catalina estaba sola en la casa... —terminó y volvió a respirar.

—Sola —subrayó doña Mercedes—. Y hay algo que no puedo quitarme de la cabeza desde que me enteré de su desgracia —siguió, apoyando los dedos en las sienes y moviendo la cabeza de a un lado a otro— y es que si la desagradecida de la Juana no se hubiera escapado, Catalina aún estaría viva.

Aquí Felisa estiró el cuello hacia adelante todo lo que

pudo y paró las orejas como nunca.

—Era ella quien tendría que haber subido por la tijera, ella, como cualquier sirvienta que hace lo que se le ordena, y no la señora de la casa... No puedo dejar de pensarlo... Estaría viva, ¿se dan cuenta...?

Las dos visitas sacudieron la cabeza de arriba abajo: sí, se daban cuenta. Doña Mercedes agitó la campanilla para que Pilar sirviera el té en el comedor, y Felisa voló a la piecita del planchado.

27. El otoño tiene esas cosas

Era un domingo soleado y fresco, con algo de viento. Era un domingo hermoso, bien de otoño, amarillo, anaranjado, ocre. El aire olía a tibieza y a eucalipto. El caballo iba al trote, tirando del carro con un movimiento de minúsculos saltos siempre iguales.

—Anda, hombre, que queda lejos el tambo, ¿eh? ¿Falta mucho...? —preguntó Felisa.

—Falta, sí, pero no tanto. Ya has preguntado cinco veces desde que hemos salido. Ten un poco de paciencia, ¿quieres?

—¿El Vasco hace este camino todos los días para ir a buscar la leche?

—Sólo dos o tres veces por semana. Se turna con sus primos. A veces le toca ir a buscar la leche, otras hacer el reparto, otras atender la lechería, y así...

—¿Y hoy no necesitaba el carro?

—No, porque es domingo.

—Pero sí lo necesitará mañana...

—Mañana sí, por eso esta tarde se volverá con nosotros, y de paso llevará los tarros cargados.

—¿Y por qué han puesto el tambo tan lejos sus tíos?

—Pues porque las vacas necesitan espacio y en la ciudad no lo tienen.

—Menos mal que se les ha ocurrido abrir la lechería en el

barrio de Montserrat, que si no...

—Que si no fuera así, jamás lo habríamos conocido al Vasco, mira tú.

—Y jamás habría hecho lo que hizo...

—Lógico.

—Pues mira que queda lejos el tambo, ¿eh?

—Ya lo has dicho, Felisa, ya lo has dicho...

Unos metros más adelante, una senda bordeada de árboles se abría del camino principal. Un ancho cartel de madera con grandes letras pintadas de blanco les dio la bienvenida: Tambo de los Etchegoyen. Los perros fueron los primeros en recibirlos; detrás aparecieron los Etchegoyen: Enrique, sus tíos, sus dos primas y los cuatro primos con los que trabajaba en la lechería y en el reparto a domicilio. Todos se acercaron a saludar a los recién llegados: sonrisas, apretones de manos, abrazos, besos en ambas mejillas las mujeres. Felisa se notaba inquieta, mirando a un lado y a otro. De repente, Enrique golpeó las manos, en un aplauso corto, y todos miraron hacia la casa. Parada en la galería con la más pequeña de los Etchegoyen en brazos, Juana sonreía, tímidamente y mirando al suelo, pero sonreía.

28. Una familia

Mientras en el patio Juana y Felisa tendían la mesa al sol, la dueña de casa y sus dos hijas mayores se esmeraban en la cocina, junto al fogón; la más pequeña seguía los pasos de Juana agarrada de su delantal. En espera del almuerzo, Enrique, su tío y sus primos llevaron a Joaquín a dar una vuelta por el tambo, a la vez que le iban explicando los pormenores de la actividad lechera.

—El aire de campo te sienta bien —dijo Felisa—. Traerte aquí fue lo mejor que se le pudo haber ocurrido a Joaquín.

—Esta gente es muy buena, gallega. Me tratan como si fuera de la familia. Y trabajan todos... Los patrones trabajan —remarcó Juana—, ¿podés creer?

—Es lo que debe ser. Me alegro por ti.

La dueña de casa apareció con una gran sopera que depositó en el centro de la mesa, mientras una de las hijas corría a avisarles a los hombres que el almuerzo estaba listo.

Fue una comida alegre, como Felisa había sospechado siempre que podía darse en una familia, no como la suya, desde luego, salvo en los tiempos en que vivía su abuela y su padre aún no había vuelto a casarse; una comida entre seres que se querían y se respetaban, y sabían compartir lo que tenían y lo hacían con gusto, con alegría. Juana estaba radiante; con la niña pequeña siempre colgada de su delantal, levantaba los platos de la mesa y los llevaba hasta la bomba de agua, donde las dos hermanas mayores los lavaban y se

los pasaban a Felisa para que los secara. Juana le cantaba a la niña, se reía, la alzaba en brazos, iba con ella a la cocina, volvía al patio, siempre contenta. Enrique la miraba con una atención especial, lo que en un momento fue advertido por Felisa, que no pudo evitar sonreír, si bien tuvo cuidado de dar vuelta la cabeza, rápido, para no incomodarlo; no tan rápido, de todos modos, porque él se dio cuenta y bajó la vista, avergonzado.

Antes de partir, mientras Joaquín y Enrique cargaban los tarros de leche en el carro, Juana y Felisa se apartaron de los demás para despedirse a solas. El sol empezaba a declinar y hacía frío.

—Ya no tengo pesadillas —dijo Felisa, mientras se arrebujaba en su manta de lana.

—¿O sea que ya no gritás dormida...?

—No. Al menos, que yo sepa. Tu cama sigue vacía, así que no tengo a quien despertar —se rió Felisa.

—Sabés, gallega, al principio, después de esa noche, tuve mucho miedo. Miedo de que me encontraran y me echaran la culpa de lo que pasó, pero ahora no. Ahora estoy tranquila; será porque acá me tratan tan bien, qué sé yo...

—Nadie te puede culpar de nada. Ni a ti ni a mí. Acuérdate de que tú “te habías escapado”. El único que sabe que estabas allí esa noche es don Esteban, pero no te puede denunciar. ¿Qué le diría a la policía? ¿Que te tenían prisionera para venderte a un prostíbulo de la frontera? No, mujer, jamás lo hará. En cuanto a mí y a Joaquín, nadie nos ha visto por allí. En la casa, me las he ingeniado con una mentirilla. He dicho que tuve que acompañar a mi pobre Joaquín al hospital porque se había roto la cabeza. Y anda, que me han creído.

El carro ya estaba listo y toda la familia, alrededor, despidiendo a los que se iban. Joaquín, sentado en el pescante junto a Enrique, llamó a Felisa, que aún charlaba con Juana en la galería.

—Andá, gallega, y gracias por todo.

—Por nada, mujer, por nada. Ya vendremos otro domingo

y seguiremos la charla. Y tú, ya sabes, tranquila. Lo que ha pasado, pasado está. Será nuestro secreto, Juana.

—Será nuestro secreto, Felisa.

Suele ser dulce el regreso cuando la mente va ligera; son los pesares del alma los que agobian las partidas. Con el carro cargado, el trote del caballo se hacía más lento, pero esta vez Felisa no se quejó. Liviana, su mente flotaba en el atardecer como el humo de las fogatas de otoño que se veían aquí y allá, y colmaban el aire con su aroma a cortezas y hojas quemadas. El sol, al poniente, era otra fogata incendiando el horizonte.

Índice

1. Vamos, Felisa	7
2. En la cocina	11
3. El silencio y los gritos	17
4. Pan de ayer	19
5. La cena	21
6. Mala noche	23
7. Gente importante	25
8. Otras palabras	29
9. La víspera	31
10. Unos se van, otros se quedan	34
11. No te metas	36
12. Aquella noche, esta noche	38
13. A la hora de la siesta	41
14. Un racimo de pasas de uva	44
15. De la escalera al hospital	46
16. Otra vez al almacén	47
17. Dos en un carro	50
18. Preguntando se llega a Roma	52
19. La víbora en la puerta	55

20. Ni el ladrido de un perro	58
21. La ventana redonda	60
22. Del otro lado de la puerta	62
23. Morderás el polvo	64
24. Cloc, cloc, cloc	66
25. ¿Tenéis idea de lo que es un hospital?	68
26. Dos semanas después	70
27. El otoño tiene esas cosas	72
28. Una familia	74

Esta obra se terminó de imprimir en mayo de 2010,
en los talleres de Primera Clase Impresores, California 1231,
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.